

Rafael Victorino Muñoz

# Retablos



Monte Ávila Editores Latinoamericana

# **RETABLOS**

*Rafael Victorino Muñoz*

# **P**PRIMERA DEL SINGULAR

## **Me gustas cuando callas**

Podría escribir las cosas más tristes esta tarde: miro y miro el aparato, como interrogándolo para que me revele algún arcano celeste, perdido u olvidado. Me has hecho padecer innumerables angustias telefónicas. Para aliviar el suplicio trato de imaginar los detalles del futuro almuerzo con las primas de T: millonarias, solteras, y un poco mayorcitas. Tanto T como yo esperamos que pueda seducir a algunas de las dos, o a ambas. T piensa que debe corresponderle una porción de la tajada que pueda sacarle a la prima.

Nuevamente miro el teléfono, terriblemente silencioso, hierático, como un dios soberbio que se sabe el amo de mi destino. Los detalles que prefiero imaginar no se refieren al aspecto físico de las solteronas (yo no las conozco, aún). Ya se sabe cómo son siempre estas mujeres: el cabello cortado en forma de hongo, endurecido a fuerza de tintes (maldicen la lluvia, porque arruina sus peinados); se licenciaron en Contaduría o algo por estilo (claro que nunca habrán llegado a ejercer, ni siquiera para matar el aburrimiento); no han podido adquirir la inevitable distensión y expansión de las carnes de las mujeres mayores (deben ser tan delgadas como T).

Imagino, por ejemplo, el momento en que, habiendo escogido la víctima propiciatoria, le hago una seña a T, para que haga desaparecer a la otra. (Aquí tengo

una duda: no sé si escoger a la que me haya hecho una caída de ojos o a la que me desagrade menos; si las dos me coquetearon, es sencillo; si ninguna, es difícil; si las dos me desagradan... Habrá que ver.) Prosigo. Ese teléfono es el de la casa de atrás. Malditos afortunados. Ya olvidé hace cuánto que espero tu llamada. Un año. Desde el 28 de diciembre, cuando regresaste de Europa. Hoy es 21 de septiembre. Otra vez el teléfono de los vecinos.

Comenzaría, of course, con el repertorio de Neruda, Poema número 15: “Me gustas cuando callas...” Poema número 20: “Puedo escribir los versos más tristes esta noche...” Y Farewell: “Desde el fondo de ti y arrodillado...” Hay uno de un autor que desconozco (tomaría una pausa y le explicaría cómo llegué a leerlo): “Para temerle a la muerte es esencial estar vivo...” Hay mucho más: Machado, Bécquer, Petrarca. No suena. Diciembre es mes doce; septiembre, nueve. Un embarazo normal. Doscientos setenta días y no has podido gestar una simple llamada telefónica, seis estúpidos dígitos.

Si en esa casa hay un piano o una guitarra sería un buen punto a favor. Conozco algunas piezas románticas en esos instrumentos. Por supuesto cerraré con uno de los 100 sonetos, el que dice “No te amo como si fueras rosa de sal, topacio...” El cual concluye: “...tan cerca que tu mano sobre mi pecho es mía (y beso su mano)/ tan cerca que se cierran mis ojos con tu sueño” (beso sus ojos y busco su boca). Después, o se disgusta, lo que me obligaría a intentar con la otra, o le gusta y c’est fini.

Pensando llego a la cocina. Desde allí oigo el teléfono. En mi carrera derribo un par de sillas y atropello al gato de mi tía (mal rayo lo parta). Es T. Dice que esta semana no va a poder ser, que si su hija, que no sé qué diablos. Trato de que no hable mucho, por si tú quieres llamar y está ocupado. Al fin cuelga. Envío tres maldiciones sobre su cabeza (que Alá la confunda). No sirve para nada, ni para planificar... Suena de nuevo. Descuelgo sin usar las manos. Es una clienta de mi tía, preguntando por un vestido verde botella. Le digo que marcó un número equivocado y cuelgo, mandándola al piso del infierno que Dante debe tener reservado a los inoportunos. Al poco rato la vieja insiste. No me queda más remedio que llamar a mi tía. Ella está un poco sorda. La conversación es angustiosamente larga. Cuando concluyen, imagino que tú estuviste tratando de llamar y que te cansaste de que estuviera ocupada la línea.

Vuelvo a ocuparme de mis planes, ahora pospuestos. Pero la cara de la solterona más joven ahora es la tuya. No puedo apartarte de mi mente. Prosigo. En el programa viene el de las golondrinas. ¿Te gusta? Si me llamas te lo preguntaré. También he escrito algunos, algunos para ti. Hay uno que dice: “¿Por qué estás tan lejos, si mis manos se inventaron sólo para tocarte?” Aguzo el oído. Es en la casa vecina. Maldita sea. No me gusta cuando callas y cuando estás tan ausente.

## **(Sin título)**

Después del paso previo de la entrega del currículum (transcripción, fotocopias y encuadernación significan un gasto equivalente a 20\$); después del segundo paso, que es la presentación de una prueba absurda llamada test psicotécnico; después de todo eso viene la a veces estéril espera de la llamada telefónica con miras a la entrevista final. Como en otras ocasiones, ya se daba por descartada tal llamada. Pero llegó: preséntese este día y a esta hora ante la oficina del jefe de personal.

Casi veinte personas en la sala de espera bastan para acabar con el entusiasmo inicial: los cargos a ocupar eran tres. Pero una secretaria con voz aséptica hace que regrese la alegría:

- Sr. Rafael Muñoz. ¿Es usted? Pase por aquí.

No hay que mirar a los que se quedan sentados. Hay que sonreír triunfalmente, con un poco de desprecio.

Tiene algo de infame el hecho de que estos sujetos (coincidentalmente todos gastan trajes grises) se desvivan durante años dentro de una empresa para llegar a esta cima: una oficina como cualquier otra, un escritorio de latón, una cafetera eléctrica, un portarretratos con una foto descolorida desde donde sonríen dos muchachas anodinas, una reproducción de Miró (la eterna lección de esquí).

- Siéntese, señor Núñez- usa corbata de vendedor de biblias.

- Muñoz- hay que corregirlo.

- Sí, Muñoz, sí.

Rápida ojeada al aspirante y lenta hojeada al currículum. Se detiene en la sección de trabajos realizados y pasa sin mucha atención los primeros datos, relacionados con un cargo de obrero en una fábrica de resortes (propiedad de un tío); nuevamente obrero en una procesadora de papel (en realidad fue un trabajo sucio: un viejo empleado de la empresa en cuestión, con la intención de obtener una doble indemnización por el eventual despido, descuidaba ex profeso sus ocupaciones; el joven y recién llegado, bajo precisas instrucciones de los supervisores, debía hacerse golpear para que pudieran expulsar al otro, con gran ahorro en el desembolso de las prestaciones); ídem en una fábrica de plásticos (al borde de la quiebra, o ya en quiebra, aunque su dueño- un inmigrante que no pudo prosperar debido a su afición a la cerveza y a las mujeres caribeñas- se negaba a reconocerlo; hay que renunciar luego de que los dos únicos trabajadores ven frustradas, por un embargo, sus fantasías sobre el robo de los devaluados aparatos de la empresa, que habría sido la única forma de cobrar las dieciocho semanas atrasadas); después de un curso en el INCE (siglas de Instituto Nacional...), unas pasantías en el Banco La Guaira, motivo de la renuncia: negativa a cortarse el cabello. Claro que el



currículum no dice nada sobre esto; como tampoco dice nada sobre el oficio de fabricante de piñatas, con una maestra condolida de la mísera situación y admirada de las altas calificaciones; nada sobre la venta de periódicos vespertinos; nada sobre el cargo de ayudante de carpintería del abuelo (sin ninguna remuneración); nada sobre el trabajo de cocinero en un puesto de perrocalientes y otras comidas rápidas (no se gana mucho, pero se come bastante); nada sobre la venta de bolsos y de ropa para niños, deambulando por las distintas ciudades carabobeñas; nada sobre la animación de fiestas infantiles (léase: payaso); nada sobre la accidentada y accidental incursión en el oficio de detective (contratado por una señora para que corrobore infidelidades, sigue al sujeto- se hacía acompañar por una morena- hasta la entrada del restaurant La Cibeles; allí le es negada la entrada al improvisado detective, en vista de que su atuendo no incluía calcetines; luego, el marido infiel paga por el rollo- en blanco- un precio razonablemente mayor que los honorarios a devengar); nada sobre el trabajo de vendedor de productos Rena Ware (lo de vendedor es un eufemismo: jamás pudo embaucar a nadie con aquellas cacerolas); nada, en fin, sobre aquella inverosímil empresa (G & M Eventos), con algo de agencia de modelaje, un poco de casa de citas y un toque de anzuelo para pescar muchachitas incautas dispuestas a dejarse tocar y, acaso, un poco más; y nada sobre el mejor negocio de la vida: la falsificación de tesis de grado.

Luego los trabajos parecen subir de status: actor, escenógrafo, asistente del director, en una agrupación teatral; secretario de un (fraudulento) escritorio jurídico, Bencomo y asociados (los asociados eran una entelequia, el único real era Bencomo: un ser que se negaba a abandonar aquel espacio- pese a la carencia de luz, agua, ascensor- porque el canon era menor al promedio, un ser que pagaba la mitad del salario, aduciendo que el trabajo era, a la vez, un aprendizaje; hay que renunciar: el joven secretario entrega un informe médico en el que se le aconseja reposo y Bencomo no lo acepta, porque eso se acostumbra en las empresas y su bufete no es una empresa; hay que renunciar, antes de que se conozca el número exacto de las 21 llamadas de larga distancia a Cristina); dos veces corrector en el diario La Calle. Hay una pregunta distraída sobre este punto, una respuesta igualmente distraída.

El entrevistador llega a la sección de Otras Actividades: cursos y talleres realizados (inglés, música, narrativa), ponencias y conferencias. Luego hay una subsección: publicaciones. El entrevistador recorre los anexos. Lee diagonalmente un artículo titulado “La prueba ontológica vallejjiana”. Coloca el currículum en la bandeja (buen augurio). Dice:

- Yo hice dos años de filosofía en la Católica.

Luego siguen otras confesiones, comentarios, opiniones de ambas partes: religión, SIDA, deportes, cultura, el depauperado cine venezolano.

Se pierde de vista el objetivo. Hay que hacer la pregunta:

- Entonces, ¿tengo el empleo?

El entrevistador se aclara la garganta. Asume un tono distante:

- Yo tengo 15 años ocupando este lugar dentro de la organización. Cada vez que deciden ampliar operaciones y se abre una nueva sede, me encomiendan seleccionar el personal para los puestos claves. Debo haber verificado el resultado de unas diez mil pruebas o más. Nunca, le confieso, había visto un caso así: la perfección, 100 sobre 100; sólo usted. Tenía curiosidad, por eso hice que lo llamaran,

- Entonces, ¿tengo el empleo?

- Usted es muy inteligente. No me sirve para el cargo.

Hay un balbuceo de algo que aspira a pregunta:

- Entonces, si yo...

- No vamos a hablar sobre eso ahora. Cuando guste puede pasar, para que conversemos...

Esas palabras y ciertos gestos dan a entender que es hora de darles la oportunidad a los otros aspirantes, los verdaderos aspirantes. Hay que tomar el currículum (parece que el imbécil quería

quedárselo, casi 20\$). Hay que batir la puerta, maldiciendo mentalmente a Miró, y atravesar la sala con la mirada baja, para no ver cómo nos es devuelta la sonrisa.

## **A la manera de Chaparro Madiedo**

olías a filo de navaja, a ropa linda de tienda por departamentos, antes deirme quise decirte qué va, ya esta bueno, voy a saltar desde la torre, como para que tú me dijeras espera, no lo hagas, tranquilo, loco, no pasa nada, pero recordé que tenías náuseas y me sentí un poco como el baño de la Ninfa dorada, y me fui a casa sin hablar, el traslado en autobús tenía algo de ese viaje a través de la manguerilla de una botella de suero, mientras afuera desata su lujuria una noche famélica y desasnada, tenía algo de ese lunar tuyo, pero también algo de buey cansado, de felicidad ajena, con un silencio que desangra en el fondo de la taza de café, el autobús olía a farmacia de pueblo, ¿cómo es que ciertos olores pueden contener dentro paisajes propios de otras noches? iba a escribir tu nombre en la ventanilla, pero pensé que el olor de farmacia de pueblo te multiplicaría las náuseas y de nuevo me sentí un poco el elefante del zoo, tan viejo y estúpidamente grande, lleno de pelos retorcidos y con un montón de moscas revoloteándole el trasero, como siempre, el vivir tiene sus días con vasos rotos, pero mi casa estaba llena de gente, no sé qué celebraban, les dije váyanse al diablo den unas cuantas vueltas por allá, acuchillen a un marica en el bar la Francia y averigüen la procedencia de su ropa interior, pero me dijeron ey, qué pasa loco, suave, sentémonos un rato aquí y la pasamos bien, eh, miré mentalmente mis bolsillos y recordé una botella de ron que mi hermana escondía detrás de

unos libros, una botella de ron que yo me bebí solo, una noche que dije mañana salto desde la torre, recordé el día siguiente, un lunes de oficinista, recordé el lunar y me dieron ganas de fumarme un cigarrillo, pero nadie tenía ni una colilla, debería llamarte primero, pensé, antes de saltar desde la torre, ya era medianoche y tu mamá se levantaría a atender el teléfono con su voz de frambuesas podridas y me diría mire hijo éstas no son horas de llamar y yo le diría dígame a Ángela que en mi funeral no use perfume y que le lleve una lata de anchoas al gato, mejor te llamaría en la mañana, antes de que te fueras a la librería, aunque quizá me atendería tu papá con restos de desayuno en la boca, fui hasta la cafetería Alaska a comprar un cigarrillo, uno solo, no tuve que hablarle a la cajera, sólo me puse dos dedos en la boca y ella me entendió, nos conocemos, yo siempre voy allí a comprar un cigarrillo y le hago la misma seña, aunque tiene cara de prostituta que se come las uñas mientras espera que paren el ruido del motor, es morena, sueña con carros, sintoniza una emisora menos aburrida mientras se come las uñas, a veces he querido decirle quieres que pasemos la noche juntos y sacarla de ese mostrador que huele a billetes arrugados, me fumo el cigarrillo fuera, no me gusta que mi cuarto huela a humo ni a trasero de negra ni a goma de preservativos importados, me tiré boca abajo, con el oído pegado a la pared y escuché que en la habitación de al lado tosían ruidosamente y le mentaban la madre a la tos, dije que iba a hacerme un examen de conciencia pero antes me quité la ropa y revisé los bolsillos, comencé a adormecerme pensando en convertibles

rojos con copilotos rubias, un cielo mediterráneo como complemento, el reloj prolongaba su inacabable estupidez diciendo que ya eran las siete cuarenta, miré la ventana y estaba claro y de afuera soplaba un viento cálido, como cuando un perro nos lame la cara, miré hacia el escritorio y allí estaba la máquina de escribir, como un cubo de hielo blanco y sucio en un vaso de ron, me dormí otra vez, eran las diez y media y ya estarías en la librería y yo no podría saltar desde la torre, me castigué diciendo que no me levantaría hasta las dos, mientras pensaría que te diría por teléfono Ángela, oye, vamos a creer en la aspiración infinita de un cubo de hielo y un cigarrillo amargo, vamos a salpicar el cielo un poco con tus besos, un poco con ese lunar que tienes, me dieron ganas de escribir tu nombre con humo, en esa esquina donde se sentaban a morir los viejos de mi barrio, también me distraería diciendo tu nombre con las vocales cambiadas, tuve una leve erección y me puse boca abajo para disimular, puse de nuevo la cara en la pared y oí que se cepillaban los dientes y luego dejaban que el agua corriera mientras revisaban los granos de la cara o la aparición de nuevas caries, la erección seguía en aumento y yo no quería masturbarme, pensé que la vida a veces se desinflaba un poco, nothing else, hasta las dos, mañana resucitaría en el mundo de los autobuses, las oficinas de correo y los cines, y sólo quedarían unas colillas que mi hermana barrería con el resto, tal vez sólo tengo la vida detenida, como esas mañanas mentirosas en la plaza, cuando amaba el olor del cabello de una mujer, un olor que era un poco a pradera silenciosa,

a rasgueo de guitarra, a descarga eléctrica y a manzana verde y a pan, pensé en darme un baño, afeitarme, salir, comprar una cajetilla completa de Lucky Strike Light Charcoal Filter Lowered Tar And Nicotine, me sentaría en el café Alaska sonriéndole a la cajera y diciéndole a cada mujer que viera pasar oye preciosa pasemos la noche juntos hasta que una no me dijera oye qué te pasa estas loco sino que me dijera dame un cigarrillo nené y me dijera anoche acuchillaron a un marica en el bar la Francia, yo le hablaría de muchas cosas, de la forma tan extraña que tienes de llamarte Ángela, de la tristeza que se parece a ciertos jardines y viceversa, hasta que se acabaran los cigarrillos y las ganas de aguantar el fastidio azul de la tarde, hasta que yo le dijera vamos y ella preguntara a dónde y yo le dijera vamos a prenderle fuego a mis venas y ella me soltara una sonrisa brillante como el filo de una navaja



## **SEGUNDA DEL PLURAL**

## **Tema para deshoras**

Quien esto suscribe, RVM, escritor para mayores referencias, ignora los medios de que se valió el niño Manuel Alejandro Jiménez, de once años, para conseguir y luego mantener en cautiverio un bagre (aquí debe ir el nombre científico), durante un lapso de tiempo que igualmente desconoce el precitado escritor. Este bagre, sin desearlo, se convirtió en el instrumento de venganza de Manuel y, al mismo tiempo, en cómplice de un hecho que muchos han dudado en llamar asesinato.

Fueron tres elementos: la venganza (o el deseo de), el bagre y una tradición de la semana santa. Fueron once, los años que tuvo que vivir Manuel, encerrado por orden de su abuela, Estelvina; aunque el niño sólo recordaba la rutina pasmosa de los últimos cinco de su breve existencia, desde los seis hasta los once: desde los seis hasta los once años su vida había sido levantarse a las seis menos cuarto; bañarse aunque la temperatura del agua aconsejara lo contrario o, por lo menos, el uso de calentadores que, huelga decirlo, no existían en aquella casa; desayunar en doce segundos con ochenta y un centésimas; salir corriendo de la casa en compañía de su abuela, corriendo ante la perspectiva de llegar tarde; llegar a la escuela y comprobar (con asombro por parte de Estelvina y sin por parte de Manuel) que eran los primeros en plantarse ante la puerta a esperar que dieran las 7:15 am, hora en que el portero abría las herrumbrosas puertas de madera

(lo curioso era que, aún siendo de madera, tuvieran herrumbre); entrar tratando de olvidar el beso que debía depositar en la mejilla costrosa de su abuela; sentarse en el mismo pupitre; leer otra vez las iniciales y nombres que generaciones de estudiantes, fastidiados como él durante las clases de Educación Ciudadana de la maestra Ligia, habían grabado para la posteridad; leer esos nombres sin decidirse jamás a añadir el suyo; después, las clases de Artística del profesor Obdulio (a quién se le ocurre llamarse así, se preguntaba siempre Manuel), las de Biología de la maestra Ana; el recreo, el banco, las piedrecitas arrojadas al rincón del patio, un fondo de algarabía y gritos ensordecedores del resto del alumnado del Grupo Escolar Estatal Juan Antonio Michelena, fundado en 1945, Moral y Luces son nuestras primeras necesidades; nuevamente en clases, las ganas de ser Meteoro en algún país del África, mientras el fastidio de las fracciones, los sujetos tácitos y la entonación en la prosa; hasta el timbre de salida: allí está otra vez su abuela, que lo toma de la mano mientras él se muere de vergüenza; al llegar a casa tiene que bañarse: aunque no se haya movido en todo el recreo, aunque sus glándulas sudoríparas hayan estado de asueto ese día, otra vez, no hay remedio, vaya a bañarse, apúrese para que almuerce; el almuerzo: ¿cómo hará esta señora? ¿Cómo hará para que todos los días se le quemen las arepas y las tajadas? ¿Cuál será el secreto para esa gelatina de espagueti, que uno tiene que cortar con el cuchillo en lugar de enrollar con el tenedor? Debe tener algún arreglo con el carnicero, para que

siempre le venda grasa molida en lugar de carne molida.

El resto de la rutina, en la tarde: la costumbre de dormir la siesta, él lo sabe, la inventaron para que los niños no molesten durante un rato; pero, ¿quién puede dormir cuando toda la mañana no se ha hecho más que eso? Hay que quedarse tranquilo, fingir que se duerme. A las tres sale del cuarto y juega con el perro, un perro amarillento llamado Canelo, un animal que no tiene ningún atractivo particular; hasta que su abuela le dice que deje quieto a ese perro hediondo y él lo deja, porque no le agrada la idea de otro posible baño. A las cuatro y media un café con leche, pan o galletas. Entre las cinco y las siete, siete y treinta (dependiendo del humor de los carceleros) está permitida la televisión. La cena y a las nueve ya tiene que estar acostado, para poder levantarse temprano, y cepíllase bien los dientes, ¿oyó?

El resto de la rutina, fines de semana: sábado, en la mañana, ayudar con el mercado, ayudar en la limpieza de la casa; en la tarde-noche el horario de TV se hace más extenso, pero ¿quién quiere ver Sábado Sensacional? Domingo: ir a la iglesia con su abuelo, en las mañanas y, en las tardes, misceláneos, es decir, visita a algún familiar que invariablemente dice “¿éste es Manuelito? Qué grande está” y le toca la cabeza mientras él trata de sonreír, forzado por la circunstancia.

- La venganza: la intención era un susto, algo que fuera un desquite por tantas tardes desde la ventana viendo los juegos callejeros de futbolito y el vuelo de los papagayos; que su abuela se sintiera tan mal como él se había sentido. Con tanto tiempo para pensar (las horas muertas de la siesta, las clases de biología), con tantas horas dedicadas obsesivamente a ello, el plan tenía que garantizar el éxito.

- El bagre: nombre vulgar de distintos peces pimelódidos del género *pimelodus*. Poseen un cuerpo resbaladizo, alargado, ligeramente aplastado en el dorso y en la zona ventral, desprovisto de escamas y terminado en una cola ahorquillada; su coloración general es parda, con el vientre blancuzco y, a veces, aletas negras; se caracterizan por su cabeza grande, cuerpo obtuso y cuatro barbillas; suelen presentar unas prolongaciones córneas a modo de bigote, en los alrededores de la boca, que le sirven como órganos táctiles con los que pueden explorar y hallar alimentos. La denominación de *bagre* suele estar reservada a los que habitan en el Río de la Plata y sus zonas tributarias, aunque se ha hecho extensiva a otros peces fluviales parecidos; normalmente prefieren los fondos pantanosos y legamosos de los ríos tropicales. El de Manuel Alejandro era un ejemplar de la especie *Trachyorystes albicruz*.

- Una tradición de la semana santa: todo aquel que bañare su cuerpo (ya sea bajo la ducha, en ríos, playas, pozos o con el tradicional perolito de agua), durante el día viernes (¿o es el jueves?) de la

semana santa, en el mismo acto sufriría una metamorfosis que lo llevaría, de pertenecer a la ilustre especie del *homo sapiens*, a cualquiera de las especies de peces osteictios.

La tarde del jueves (o viernes) de la semana en cuestión, Manuel Alejandro, que había permanecido en su casa sin aprovechar el asueto (debido, principalmente, a que tenía que acompañar a sus abuelos a las innumerables e interminables actividades religiosas de esas fechas), entró al baño furtivamente. Amparado por la ausencia de observadores introdujo en el recinto un bagre (de la especie mencionada), que había mantenido en cautiverio durante un lapso de tiempo indeterminado y mediante acciones hasta hoy desconocidas.

Manuel Alejandro había olvidado ex profeso su toalla. Ese era el señuelo para atraer a la víctima hacia la trampa preparada. Cuando hubo abierto la llave de la regadera, hubo colocado al pez bajo el chorro de agua (distrayéndose por unos momentos con los agónicos coletazos del animal), llamó a su abuela desde la puerta del baño y corrió a esconderse en un lugar desde donde pudiera ver el desenlace de la escena.

- Abuela, tráigame el paño- fueron las cuatro fatídicas palabras que escucharía Estelvina Bolívar, sentada en una vieja silla de mimbre y ocupada en zurcir un calcetín recurriendo a la estrategia de colocar una bombilla eléctrica (dañada, por

supuesto) dentro de la prenda. Sin abandonar sus pensamientos (que giraban en torno al costo y al proceso de elaboración de una olla de arroz con coco), Estelvina fue al cuarto de su nieto y tomó una toalla, bastante sucia.

Ya Estelvina venía redactando mentalmente el regaño que iba a darle a su nieto por no haber lavado la toalla, cuando sus pensamientos se detuvieron al ver aquel bagre que todavía daba coletazos, cada vez más débiles. Se detuvieron sus pensamientos y se detuvo su cansado corazón de más de sesenta años.

Manuel Alejandro, quien aún no había pensado en la manera de decirle a su abuela que aquello era una broma, pero sí en el estoicismo que debía mostrar para soportar el inexorable castigo, al ver el giro imprevisto que había tomado su inocente travesura, huyó y nunca más se supo de él.

¿Cuál impresión habrá sido más fuerte para Estelvina: la causada por el hecho de que su nieto más pequeño se hubiera convertido en pez o la causada por la comprobación de la veracidad de la tradición cuaresmal? Quien esto suscribe, RVM, escritor para más señas, desconoce asimismo la suerte corrida por el tercer protagonista de la historia. Sus escasas nociones de ictiología le impiden saber si esa especie es comestible, con lo cual podría inferir, acaso, una respuesta a tal interrogante.

## **Vindicación de Aristarco**

### **Personajes**

Elsa: madre, casera, suegra, costurera.

Samarys: prima, ayudante de costura.

Norkys: esposa.

Teresa: vecina.

José Luis: hijo de Elsa, primo de Samarys, esposo de Norkys y amante de Teresa.

Yo: escritor, pensionista.

### **Escena cualquiera**

(En un salón hay dos maquinas de coser semiindustriales, una de overlock, un mesón para cortar y una mesa de planchar. Un televisor atrozmente encendido, a todo volumen. Elsa cose un vestido verde botella y Samarys plancha una camisa vinotinto.)

Elsa: ¿tú has visto? Ésta es la ultima, mira que venir a pintar la pantalla de una lámpara con pintura de caucho, y de paso con ese rosado.

Samarys: no, es que yo lo he dicho: ella es media loca.



(Salgo de mi habitación y, para ir al baño, tengo que pasar por el salón de costura.)

Ellas: Buenos días, Rafael, ¿cómo amanece?

Yo: Grmmm (en la mañana mi voz es inteligible, aunque ellas lo toman por mal humor).

Ellas: (dirigiéndose a mi): ¿viste lo que hizo Norkys? Mira que venir a pintar la pantalla de una lámpara etcétera.

El timbre: ring – ring (o ding – dong).

(Samaris abre la puerta: es Teresa.)

Elsa: buenos días, Teresa, ¿cómo amanece? ¿Ya vio la última gracia de Norkys? Mira que venir a pintar etc.

Teresa: ¿y usted no se acuerda de cuando a José le iban a regalar el libro “Caballo de Troya”? ¿Tú no te sabes ese cuento, Samarys?

Samaris: no.

Teresa: Bueno José no quiso aceptarlo porque él y que se duerme apenas comienza a leer algo. Pero Norkys va y le dice: “agárralo, quién quita y pegas un cuadrito”.

Todas: jajaja.

Teresa (oye ruidos en el baño y se asoma. La puerta esta abierta): Hola, Rafa, ¿cómo estás?

Yo: glubluwashff (tengo la boca ocupada por el cepillo de dientes y su consecuente espuma. Tampoco quiero responder).

## **Escena subsiguiente**

(En una mesa de la heladería Olimpia, propiedad de Concetto di Tomasi, el único fanático del Valencia F.C. que no se avergüenza de serlo. Las tres mencionadas están sorbiendo las barquillas mas baratas de la ciudad.)

Samarys (retomando el hilo): pero no se lo digan a nadie, yo me casé con ese viejo nada más por la ciudadanía. Me acuerdo cuando me dijeron que ya podía besarlos, eco: le faltan cuatro dientes. Pero eso no lo sabe nadie; no vayan a estarlo contando por ahí (por supuesto la historia ha sido la narrada muchas veces, a otras personas, con la misma advertencia final).

Teresa: ahí viene Rafa.

Todas: adiós.

(Cuatro veces seguidas golpeo los dedos de la mano derecha contra la palma respectiva, como si estuviera tocando castañuelas. No quiero detenerme y no me detengo. Pienso en un relato que debería

titularse “De la vida familiar como otra de las formas del tedio”.)

Elsa: ese Rafael si es odioso... yo no les he contado la del otro día: la niña (obviamente se trata de Norkys) va y mira el cielo y dice “esto si está nebuloso”. ¿No será más fácil decir “nublado”?

Teresa: en las nebulosas es que se la pasa ella.

Todas: jajaja.

(Ven venir a José Luis; quien se sienta y saluda.)

José: esa mujer si es bruta (se refiere a Norkys): le cayó a cepillazos a la alfombra y que para lavarla, pero con un cepillo de alambre.

Elsa: ¿has visto? No, si horita les estaba contando la del otro día: va y mira el cielo y dice etcétera.

(Teresa piensa “José Luis es Escorpio, la viejita Elsa, leo; la burra esa no debe tener ni signo, pero creo que es sagitario. Sagitario con Escorpio como que no pega. Mejor quedo yo, que soy libra”.)

(Samarys piensa “si yo hubiera conocido primero a José... hasta con Rafa me hubiera casado. Por lo menos es joven, aunque habla de cosas tan raras”.)

(Elsa piensa “si hago el arroz costa brava lo hago el domingo, cuando Rafa no esté; está perdido de odioso y no lo voy a convidar. Aunque ese día viene

la Camella (nombre de batalla de Norkys) y esa bicha come como cinco hombres. ¿Qué será peor?”)

(José Luis piensa “ya debe estar por venir la...” sus pensamientos se materializan en la cara de una Norkys que sonríe sin saber por qué.)

Todos: hola, Norkys.

Norkys: hola, todos.

Todos: siéntate, ¿quieres un helado?

Norkys: bueno.

Elsa: ¿de que lo quieres?

Norkys: este, de, ¿cómo es que se llama? Contunfo.

(Teresa piensa “ya iba a decir Cantinflas”. Elsa piensa “por poco y no dice cotufas”. Samarys piensa “casi dice pantuflas”).

José: será tartufo.

Norkys: sí , ése.

Teresa se levanta y se va: recordó que tenía que hacer algo. En realidad lo que recordó fue que Norkys, ya en conocimiento de sus relaciones con José Luis, un día la amenazó con golpearla. Entre Teresa y Norkys hay quince kilos de diferencia, a favor de la última.)

(Concetto despegó un momento los ojos del periódico y contempla la mesa de Elsa y Familia. Piensa “ahí está la señora Elsa (la conoce porque ella cosió los vestidos de bautizo, comunión, confirmación, quince años y matrimonio de sus dos hijas), con su hijo. Esa debe ser la esposa (se refiere a Samarys), porque me dijeron que él se había casado. La otra debe ser la muchacha de servicio. Mira qué buena gente son, traerla a comer helados”.)

## **Just call me witch**

¿Qué pasaría si- tal vez porque el orgullo regresa de pronto y le haces caso y te vas- después de haber bajado la escalera maquinando algún destino impracticable, te das cuenta de que olvidaste la billetera, documentos, dinero, todo? ¿Qué hacer sino dar un par de vueltas o sentarse a ver qué? ¿Y dónde más sentarse sino allí, justo al frente, en el banco y en la plaza donde es más visible la entrada del edificio y viceversa? ¿Qué pasaría si no tienes siquiera las llaves, como parar aprovechar un descuido, entrar y tomar tus cosas, huir del lado de esa bruja, sin olvidar la precaución de tomar su foto de la pared y pisotearlo mascullando indecencias? ¿Qué sucedería si sólo es sábado y las esperanzas de verla salir se reducen al lejano lunes 8 am rumbo al trabajo? ¿Acaso no es fácil adivinarla detrás de las persianas espionando tu cara de fingida calma? ¿Acaso no habrá comprobado ya que estás sin disponibilidad de irte mas lejos? ¿Acaso se ríe pensando en el momento, tarde o menos tarde, en que tendrás que tocar la puerta y doblegar el orgullo y que, al ver que lo haces, ella te perdonará magnánimamente, sólo porque con eso se siente en el olimpo? ¿Acaso no es cierto que, sólo por ver ese momento y para asegurarse de que no fuerces la puerta o que le pidas la llave a la conserje (en lo cual ya habrás pensado), ella se abstendrá de salir? ¿No fue, después de todo, una suerte que, aunque la discusión y su consecuente decisión se tomara de sorpresa, estuvieras vestido como para salir? ¿Ibas a

salir? ¿No lo recuerdas? ¿Y ésa que sale? ¿No es ésa la hija del gordo del tercer piso? ¿No está como para mandar al diablo tu impenitente fidelidad conyugal? ¿Acaso no has notado como te mira cuando coinciden en el ascensor o en la puerta de entrada? ¿Acaso no la has visto llegar tarde y con distintos sujetos? ¿Y por qué piensas ahora que ésta puede ser una buena ocasión para descubrir si la bruja tiene un amante? ¿No será mejor, entonces, buscar un banco menos visible, a ver si se descuida? ¿No es una estupidez pensar así, puesto que la bruja no tiene más sentimientos que los producidos por la vanidad y que, si tuviera un amante, sería del sexo femenino y sería ella misma? ¿Esas cortinas moviéndose en la sala, no delatan su presencia fisgona? ¿No es cierto que es una morbosa? ¿Qué hora es? ¿Olvidaste el reloj? ¿Cuánto tiempo habrá pasado? ¿Se habrá ido a la cocina, su lugar de los sábados en virtud de la ausencia de la mujer de servicio? ¿Recuerdas todo esto porque de pronto sientes hambre y extrañas algo y porque el banco de la plaza se endurece progresivamente? ¿Y ése que entra? ¿Un amante? ¿No es cierto que a este profesor del INCE sus gruesas corbatas le lucen como sabanas en su estrecha humanidad? ¿No es su caso más lastimoso que el tuyo? ¿No es tu esposa, por lo menos, bonita, a diferencia de la de él, mezcla infernal de bruja con gorila? ¿Venderías el reloj y, dado que es muy caro, luego de comer algo, podrías irte muy lejos? ¿A dónde? ¿No te desharías, vengándote de paso, de un recuerdo suyo, con sus odiosas iniciales: A. de Anabel (anaconda y cascabel), P. de eso mismo? ¿Será una imprudencia

y una vergüenza pedirle crédito a la dueña del abasto de la planta baja, oriunda de Portugal, habitante del primer piso y vicepresidenta de la legión de brujas del edificio “La Rosaleda”? ¿No sería una vergüenza, también, que se enteren de que ustedes han discutido, y siempre lo hacen, aunque en voz baja para disimular? ¿No es una desgracia que haya 2.000 volúmenes en tu biblioteca y ninguno en tu bolsillo? ¿No es una suerte que ese periódico este allí en el otro banco, aunque sea un “Meridiano” de días atrás y aunque hayas dejado también tus lentes que ella ha amenazado con quebrar en más de una ocasión? ¿Por qué habrá tantas carreras de caballos? ¿El hipismo es un deporte? ¿Hay carreras de caballos en las olimpiadas? ¿Que significarán todas esas estadísticas, cifras y siglas? ¿Div. querrá decir dividendos? ¿No son muy pequeños esos números para estar leyéndolos sin lentes? ¿Para qué leerlos? ¿Para entretenerte? ¿Hasta cuándo? ¿Cuánto piensas esperar? ¿Por qué no te habías preguntado eso antes? ¿No quieres pensar en eso? ¿No es ésta una pelea como las otras? ¿Por qué, entonces, no vas y tocas la puerta? ¿Estas seguro de que es la última vez? ¿No quieres pensar en nada? ¿Prefieres ver la sección de farándula? ¿Prefieres ver lo que se dice sobre las intenciones de Xuxa de embarazarse en el año entrante? ¿Cuánto costara una llamada a ese número de línea caliente? ¿Qué le dirán a uno? ¿Y ese billete? ¿No es una suerte? ¿Alcanza para comer algo? ¿Sí? ¿Y por que piensas que alcanza también para cigarrillos? ¿Hace cuánto tiempo? ¿También por ella, como casi todo? ¿No es otra



forma de liberarte de ese yugo? ¿Cómo está, señora Nohelia? ¿Cuánto cuestan los cigarrillos? ¿Me da una caja? ¿Te sientas en el mismo banco o buscas otro? ¿No hay ninguna diferencia? ¿Es mejor donde ella pueda verte? ¿No te sientes un poco mareado? ¿Será verdad que el fumar calma el hambre? ¿Cuánto puede durarte esta caja? ¿Ya serán las dos? ¿Estará durmiendo la siesta? ¿Por qué no haces tú lo mismo? ¿Cuánto tiempo habrá pasado? ¿Le preguntas a alguien que pase? ¿Habrá salido mientras dormías? ¿Te dormiste? ¿Sólo cerraste los ojos un segundo? ¿Te habrá espiado todo ese rato? ¿No te duele un poco la espalda, el cuello? ¿No extrañas tu cepillo de dientes? ¿No extrañas tantas cosas? ¿No es un poco raro extrañar cosas tan cercanas? ¿Hasta cuándo esperarás? ¿Hasta el lunes? ¿No sería bueno que saliera a visitar a alguna de sus marchitas compañeras? ¿Será que intencionalmente sólo tiene amigas simples y poco atractivas para que no te fijas en ellas? ¿Y qué vas hacer hasta el lunes? ¿Volver a leer el periódico? ¿Todavía tienes hambre? ¿Qué será peor: pedirle crédito a la del abasto o pedirle dinero a un desconocido que pase? ¿Por qué compraste los cigarrillos? ¿Quién va a darte dinero si no tienes aspecto lastimoso? ¿Qué te parece si haces una prueba? ¿No será mejor dejar eso para después, cuando de verdad lo necesites? ¿Vas a desesperarte y no tienes ni cinco horas sin comer? ¿En que momento se sentó ese anciano en el banco? ¿Hace calor? ¿Por qué la gente hace preguntas tan necias? ¿Qué importa que la conversación sea necia, si te ayuda a pasar el rato? ¿No es eso lo que quieres?

¿Usted no se acuerda cuando allí en la esquina quedaba el cuartel de bomberos? ¿Todavía no habías llegado- arrastrado por la bruja- a este pueblo con aspiraciones de ciudad? ¿Llegaron volando en su escoba? ¿Y usted no conoció al primer dueño del edificio? ¿Y usted no conoció a la fundadora- presidenta de la legión de brujas? ¿Usted se va a quedar? ¿Usted como que se peleó con su mujer? ¿Y usted como que no tiene nada que hacer, abuelo? ¿Por qué todos los viejos son tan necios? ¿Cómo serán la bruja y tu cuando lleguen a esa edad? ¿Tú en la cárcel y ella sepultada, fallecida cristianamente a manos de su cónyuge? ¿Uxoricidio es que se llama? ¿De dónde habrá salido ese término? ¿No estarás exagerando un poco lo malo? ¿No hay algo bueno entre ustedes? ¿Qué pensarán los Morales, los Fernández, si te ven llegar hasta su casa, a pie, sin tu esposa? ¿Se darán cuenta de algo? ¿Les dirías? ¿Te invitarían a cenar? ¿Cómo es que se hizo de noche y no te diste cuenta? ¿Estará sorprendida de ver que resistes tanto? ¿Existirá alguna relación entre el no comer y esta somnolencia? ¿Hace frío, tanto como para ponerte la chaqueta? ¿Otro cigarrillo, porque el hambre arrecia? ¿Ahora sí son bastantes horas sin comer? ¿No será mejor caminar un poco? ¿Por aquí se llega al centro de esto que llaman ciudad? ¿No te resulta extraña la ciudad sin el carro, a paso de peatón? ¿Por qué no tienes una esposa como ella? ¿Será igual de bruja? ¿No será mejor evitar la vía de esos restaurantes? ¿Será buena idea caminar bastante para cansarse más? ¿Por qué quieres cansarte? ¿Y si la bruja aprovecha y se va? ¿A qué hora vas a

regresar? ¿Y si trae a su amante? ¿Otra vez con esa estupidez? ¿Ya serán las diez? ¿Vas a regresar? ¿Cuánto te tomo llegar hasta aquí? ¿El terminal de autobuses está cerca? ¿Allí no habrá bancos menos duros y menos fríos? ¿A todas estas personas les pasará lo mismo que a ti? ¿Es que no hay un solo banco desocupado? ¿Qué huele tan mal? ¿Será este señor tan sucio? ¿Y si te ve algún conocido? ¿Se lo contarías todo y le pedirías ayuda? ¿No te avergonzaría? ¿Y si te ve tu jefe? ¿Esa gente se va y deja esos panes? ¿Tampoco te avergüenza? ¿No es verdad que eres un tipo poco acostumbrado a estos trances y, por eso, no aguantas mucho? ¿Otro cigarrillo antes de dormir? ¿Cuántos te quedan? ¿Suficientes hasta el lunes? ¿Extrañas tu cama? ¿Es la primera vez, en cuántos años, que duermes solo? ¿No quieres pensar en nada? ¿Por qué te despiertas tan temprano? ¿Tienes algo urgente que hacer? ¿Y ahora? ¿De nuevo a la plaza, a tu banco? ¿Habrá salido? ¿Cómo saberlo? ¿Y si llamas por teléfono y esperas que ella descuelgue, pero sin hablarle, sólo para saber si esta? ¿También olvidaste la tarjeta telefónica? ¿Por qué estará tan sola la calle? ¿Será que se murió todo el mundo? ¿No es agradable pensar que ella tiene que sacrificar “su” domingo, el domingo de levantarse a las diez u once, de recibir el desayuno en la cama y sentirse Cleopatra? ¿Todavía dormirá? ¿Está aún encendida la luz de la cocina? ¿Será que tú trabajas para pagarles a los de la compañía eléctrica? ¿Será eso lo que ella cree? ¿Estará espiándote? ¿Estará mirándote con odio porque le desordenas su rutina? ¿Vas a pasar otras vez todo el día leyendo periódicos, intuyendo su

espionaje a través de las persianas? ¿No te gustaría que fuera de una vez lunes y sonreír con el orgullo de los triunfadores viendo que ella se va al trabajo? Pero, cuando llegue ese momento, después de entrar, gracias a la conserje, después de pisotear mi foto, llamándome bruja una vez más, te vas a sorprender y a sentir confundido al descubrir que yo me adelanté y te dejé.

## **Reset**

Raúl aún duerme, o tal vez sólo descansa. Mónica abre la ventana: afuera no se ve más que una infinita claridad, un vacío blanco donde la vista se pierde. La luz despierta a Raúl, o le hace que se asome a mirar.

Mónica es la primera en hablar:

- ¿Qué vamos a hacer? ¿Cómo vas a llegar al trabajo?

- No sé- responde Raúl, y luego de un instante de reflexión:- ¿qué es eso de trabajo?

- No sé- dice Mónica, quien no se ocupa más del asunto y piensa en otra cosa: ¿Quieres desayunar?

- No sé, tal vez sólo quiera café.

- ¿Cómo hacemos para salir de aquí?

- Tal vez llamando por teléfono.

¿Qué es eso?

No sé.

Primer silencio.

- ¿No te parece que hay mucho silencio?

- ¿Y si ponemos algo de música?

Segundo silencio.

- Tuve un sueño extraño. Pero olvidé de qué se trataba.

- Yo también.

- ¿Tú también qué cosa: tuviste un sueño u olvidaste de qué se trataba?

Tercer silencio.

- Tengo frío.

- ¿Quieres una sábana?

- No.

- Me duele la cabeza.

- ¿Quieres una aspirina?

- No.

Otro silencio.

- Casi olvido que tú eres mi esposo.

- Yo no recuerdo cuándo nos casamos.

- Mi madre debe saber.

- ¿Quién?

- Nadie.

Otro silencio.

- Creo que no me hace falta salir a la...

- No voy a necesitar más...

- Mejor nos...

- Sí.

Mónica cierra la cortina. Raúl se duerme, o tal vez sólo descansa.

Hoy es domingo.

URBE



## En 1987 (cuadro de costumbres)

Yo sé que va a ser lo mismo de todos los sábados en la tarde: sentarnos en una mesa, quizá hasta que el vigilante nos corra porque no estamos consumiendo ningún alimento ni bebida. A menos que alguien compre un refresco para disimular o que consiga un helado.

Voy caminando por la ribera oeste de la Avenida Bolívar. Siempre digo así para mis adentros: ribera Oeste. Si el Cubano me oyera terminaría de creer que estoy loco. Me apoda *Lector*, como si eso fuera un apodo.

La ribera oeste de la avenida Bolívar es la acera que tiene más vida. Yo creo que es por el sol. Casi todo el mundo sale a caminar por las tardes. En las tardes hay más sombra del lado izquierdo (izquierdo si uno mira al norte, como yo ahorita) y el sol pega fuerte del otro lado. Por eso en las tardes todos caminan por esta acera, como yo ahorita. Casi todos los centros comerciales nota están de este lado, menos el Profesional y el HS. Casi todos los terrenos vacíos y enmontados, creo que todos, quedan en la ribera Este. Por algo debe ser. Es el sol, estoy seguro: nadie soporta sobre sus espaldas el sol de las tres de la tarde en esta ciudad. Pero, en realidad en esta ciudad hay vida en un solo pedazo, desde la torre Banavén hasta la plaza de El Viñedo.

En el Caribbean hay más o menos. Toda la tarde voy a estar ahí, viendo al que pase, saludando al que

llega, despidiendo al que se va, criticando todo, en especial esta ciudad tan muerta; de vez en cuando alguien tararea algún tema en voz baja o hace un redoble de batería en la mesa, intercalando, cuando todos están callados, la letanía:

- Esto sí está muerto hoy, dígalos.

Pero allá voy.

Me gusta caminar desde la Cedeño hasta el Caribbean Plaza. Digo que me gusta caminar para ver y pensar pero en realidad lo hago porque no quiero ser el primero en llegar. Tomo un autobús y me quedo intencionalmente en la Cedeño. Por eso, cuando llego, me encuentro allí a Pitufos, Leo, Angelo; a veces han llegado Cristian, Rubén y John. A veces Cristian se viene conmigo, y Alex también. Casi siempre alguno me dice que me vio en el camino. Creen que vivo por allí.

Mientras camino, trato de adivinar quiénes estarán: hoy me parece que serán John Jairo, Yesvelly (la única mujer del grupo), uno que se las da de Elvys Presley (se llama Elvys también), Leo (que siempre está pero se va temprano, por una novia), un quinto que puede ser el fumón de Casiano. Casi siempre acierto un buen porcentaje; si así fuera para la lotería, me compraría una Fender.

Ayer me encontré en esta esquina (frente a Beco) a Diego, el hermano de John Jairo. Yo sólo voy los viernes y sábados; sospecho que ellos lo hacen casi

todos los días. Me dijo que venía de allá. Le pregunté quién andaba por esos lados. “Los mismos de siempre”. Le pregunté cómo estaba eso:

- Como siempre, muerto.

Me pidió un cigarrillo.

- No tengo.

- Allá nadie tenía.

Y siguió.

Yo fui el de la idea: hacía tiempo estaba observando a las personas, que se sientan con sus helados, de éstos que vienen en una copa de galleta. Se sientan, hablan un poquito, se paran y se van, dejando el helado a medio sorber. Al rato pasan los empleados del centro comercial, agarran los helados y los botan así. Yo le dije al Psicólogo, le dije a Leo, a Octavio; pero decían que para qué. Les daba pena, aunque tuvieran ganas. Hasta que un día yo fui y tomé uno que estaba casi intacto y ahí sí vinieron todos a pedirme. Ahora todos hacen lo mismo. Nos sentamos hacia el centro, donde cada quien vigila un sector de las mesas.

Después que se acaban los helados, después que han llegado todos los que iban a llegar (como a las seis y media), después que todo el mundo ya conoce las noticias sobre algún concierto en un lugar demasiado alejado, sobre algún grupo que no va a

venir, después que todos han manoseado una Metal Hammer escrita en un inglés que nadie domina, comienzan a oírse los silencios y a oírse la canción:

- Esto si está muerto hoy, ¿verdad?

Y todos asienten, con flojera y fastidio, mirando los traseros de las nenas, súper formados por las sesiones de aerobics. Pasan y se baten una y no voltean ni de reojo a ver esas mesas de seis puestos donde pueden sentarse hasta diez peludos vestidos de negro desteñido. Las muy, parece que ni caminan: como para masturbarse en chino durante 72 horas, como para prenderse fuego y después ahorcarse, sólo por una noche.

Ya estoy a media cuadra y no quiero llegar. Pienso en las sifris, una en especial: sé que se llama Aura, porque un día una amiga (tan aeróbica como ella) la llamó y la saludó con un beso en la mejilla. Las vi un rato, las oí hablar: hablan con ese acento que, pienso, se debe a los aparatos que usan en los dientes. Como si necesitaran corregirse algo. Aura, parece un atardecer en otro planeta.

No me equivoqué, prácticamente: Elvys, Yesvelly, Casiano y Leo; el quinto es Juan Carlos, el único que hace algo distinto de dormir, comer, temerle a la recluta (que no es mi caso, tengo 15 años) y estar gastando las tardes y la vida entera aquí. Él estudia economía en la universidad, por eso no viene tanto.

Llegando veo un helado mal puesto, pero no lo agarro. Una vez hice eso y resultó que era de una señora que no se había ido sino que estaba allí cerca. Me llamó, cuando pasé a su lado y me dijo que me lo quedara pero que me acostumbrara a pedir las cosas y qué sé yo. Casi me dieron ganas de tirarle el helado. Ahorita, recordando esa ocasión, paso de largo.

Saludo a los de la mesa y oigo las noticias: parece que viene Maiden; aunque ya tienen varios años diciendo eso. Veo llegar a Octavio y le hago señas de que agarre el helado. Siempre hago eso esperando que otro pase la misma pena; aunque a mí nadie me vio y nadie lo supo. Octavio saluda, se sienta, me ofrece de *su* helado. Yo le informo:

- Parece que viene Maiden.

Al rato se va Leo. Siempre se va temprano.

Elvys comienza a tararear sus imitaciones de Elvys, pero él mismo se fastidia y se calla. Yo miro hacia todos lados, pero no buscando helados (ni probé el de Octavio). Pienso en un trabajo. Me compraría una guitarra, o mejor dos: una acústica, Giannini; una eléctrica, Fender. Pero hay que cortarse el cabello, y lo que cuesta para que crezca.

No veo a Aura. Hay poca gente hoy en el Caribbean. Tal vez están en el Camoruco o en otro centro comercial nuevo. Aquí la gente se fastidia rápido de

los centros comerciales, de los sitios de comida, de las discotecas, de todo.

Si trabajara, pelo corto y todo, me le acercaría a Aura. Pero no la veo. Digo:

- Esto si está muerto hoy, ¿verdad?

Y todos asienten, igual de fastidiados.

## **Cristo viene**

Esa cosa que con absurdas pretensiones se hacía llamar edificio, además de carecer del ascensor (estaba sólo el nicho, pero no el aparato), tenía dos pisos adicionales: el del comercio y la mezannina; en consecuencia, yo debía subir y bajar siete en lugar de cinco pisos, para llegar al vergonzoso trabajo en Bencomo y Asociados (nunca conocí a los asociados, sólo al tal Bencomo). A mediodía, ya en los umbrales, del segundo (o del cuarto) piso, oía la fanática voz:

- Porque Salmos 17.3 dice: “he resuelto que mi boca no haga trasgresión”, pero los políticos que gobiernan este país, hermanos, desconocen la palabra divina y sus grandes pecados ofenden al Señor.

Yo seguía bajando, con premeditada distracción, tratando de prestarle más atención, por ejemplo, al teclear de las estudiantes de CEVEPRO (siglas de Centro Venezolano de...), inclinadas sobre sus máquinas, con diligente estupidez. Pero la voz seguía allí, pegada al aire, con la viscosidad de un tubérculo pelado:

- Asimismo, el reino de los cielos es semejante a una red (Mateo, 13.47).

Cuando llegaba a la entrada del edificio, no sabía evitar mirar hacia el centro del corro. El sujeto, cuya voz superaba varias veces su tamaño, siempre tenía

el cabello húmedo y viscoso y sonreía al verme, mostrando unos dientes nada esterilizados.

En una ocasión, una de esas muchas oportunidades que debía bajar a ver a algún cliente que, por razones obvias, se negaba a subir, el predicador trató de acercármeme, mientras clamaba contra los impíos (supuse que desconocía el significado de la palabra). Le pedí al cliente (un joven que estaba demandando a una empresa por haber perdido una mano durante sus labores) que nos alejáramos. El predicador me preguntó si ya había buscado a Dios. Yo fui sincero: no sabía que se había perdido. El predicador invocó al cielo para que se me castigase, para que jamás conociera las maravillas que el señor tiene reservadas a quienes no se apartan de su lado. A partir de entonces su sonrisa de nicotina y su voz gelatinosa me perseguían como una bandada de murciélagos, hasta que yo desaparecía, en la esquina de la joyería.

Empecé a creer que Dios castiga de verdad a sus falsos profetas cuando bajé aquel día: la mañana había sido de asueto, ningún cliente molestando con el título supletorio de un rancho. Sólo Jazmín me sorprendió. Había venido a visitarme, me dijo, después de darse cuenta de que su novio la había plantado. Tuve que mandarla al diablo. Le dije que yo no era plato de segunda mesa (o viceversa) y que su nombre era horrísono, como los dibujos animados en blanco y negro, lo cual no entendió.



Aunque no me importaba (besaba bien, era lo único que sabía hacer), venía un poco turbado, como sucede cuando algo habitual cambia. Pensé que había sido la distracción por los sucesos, pero al llegar abajo lo confirmé: voz y predicador habían desaparecido. Más que alegría o alivio, respiré por vez primera el aroma de la plaza.

Al pasar frente a la joyería recordé el cumpleaños de Jazmín, la semana siguiente, el 20, día domingo. Me había pedido que le regalara un reloj. Yo había pensado dárselo. Pero, ahora, pensaba en lo que haría con ese dinero: me hacían falta unas gafas oscuras.

Por un sentimiento de extraña lealtad, llegó la quincena y no gasté el dinero. El lunes 21, cuando sonó el teléfono, preví que era ella: me dijo que me quería mucho y yo le dije que subiera; pero ella sugirió vernos en la casa de mi madre, mi motel diurno favorito, en virtud de la ausencia de testigos y de mi inteligente decisión de conservar la llave después de la mudanza. Convinimos que al día siguiente, allí mismo en la oficina. Así tendría tiempo de comprar el reloj.

Ese día, 21, no había llegado aún al piso cuarto (o sexto) cuando una voz, que parecía la de un ser mitológico, me interrumpió en la planificación del discurso que acompañaría la solemne entrega del reloj:

- Porque han adulterado y hay sangre en sus manos y han fornicado con sus ídolos (Ezequiel, 23.37).

No me atreví mirar el sitio donde el nuevo predicador hacía que se cimbrara, en su enhiesto monolito, el impertérrito padre de la patria.

Jazmín se puso tan contenta con el reloj que me besó como sólo ella. Hicimos el amor en el sillón de Bencomo. Luego quedé exhausto y meditabundo: a intervalos oía el sermón, desde el quinto piso. (Ni siquiera el perfume que ella usaba podía alejarlo.) Jazmín me preguntó si me pasaba algo. Inventé algunas cosas, pero quedé con la culpable impresión de haber empleado términos bíblicos (como fornicio, por ejemplo). Inventé una preocupación por la situación (pecaminosa) en que estábamos: ella no podía tener relaciones con dos hombres (aunque, según me juraba, no se acostaba con su novio), tenía que tomar una decisión (no recuerdo si usé la palabra “adulterio”). Con una vulgaridad sólo comparable con el origen de su verdadero nombre (que aquí omito, por razones de eufonía), propio de los habitantes del remoto sur de esta ciudad, me preguntó:

- ¿Qué quieres, que deje a Mario para empatarme contigo? Estás loco.

La mandé al diablo, pero esta vez le dije que se quedara por allá. Iba a completar una inmensa familia de epítetos infamantes y denigratorios, cuando sonó el teléfono: la aún más insoportable

Anabel que, pese a verme todos los días en la universidad, también tenía que llamarme para saber cómo estaba yo, si había desayunado, qué tal estaba del tobillo, si iba a clases (qué más remedio), si habría disturbios, a qué hora llegaría (preferiría que nunca), si teníamos Historia del Español, si iría la profe, si también Lingüística, si no estaba el abogado en la oficina (ojalá no regrese), si no estaba con alguna mujer (no, mi amor, claro que no), que estaba un poco aburrida y como no tenía nada que hacer (lo cual ocurre todas las mañanas de su vida) me llamaba para saber cómo estaba, o sea, volvía a empezar. Yo la frené: no, todo está bien, nos vemos en la tarde (ahí te pudras).

Jazmín, entretanto, esperaba, con sus zapatos de apúrate, mijito, que tengo cosas que hacer. Como no recordaba lo último que le había dicho, le pregunté si iba a volver. Tal vez. Abrí la puerta.

No había luz en la oficina: el dueño del edificio, para correr a los inquilinos, que pagaban cánones irrisorios, los dejaba sin ascensor, luz, agua. Me molestaba la falta de electricidad: el ruido del aire acondicionado, en concordancia con lo desvencijado del resto, me habría protegido de esa voz que casi podía palparse.

Revisé los periódicos y revistas viejos. En un diario de la semana anterior me llamó la atención una nota sobre un posible paro de trabajadores tribunalicios. Eso significaba que tendría vacaciones; aunque yo quería renunciar: no quería estar allí cuando llegara

la cuenta del teléfono y se supiera el número exacto de las 24 llamadas a Cristina. También faltaba uno de los escasos libros de la oficina: una amiga había tomado prestado un diccionario, desgraciadamente Cuyás, y yo me había peleado con ella.

El resto de esa mañana estuve con la vista fija en el hueco de la biblioteca donde alguna vez, tiempo ha, estaba un diccionario. Casi en la misma posición me llegó el 28 (cuando comenzó la huelga) y el fin de mes. Bencomo me pidió que trabajara sólo hasta el viernes 02: estaba cesante. Pero el desgraciado me pagaría hasta el último; quería robarme dos días.

Después de cobrar mi último sueldo, y sin esperanzas de indemnización (ya conocía lo marginal que era el sujeto), decidí no regresar más. Pero un profundo atavismo me atrajo a las costas donde el monolito de la plaza mayor luce como un faro que orienta a los borrachos, policías, músicos ambulantes, limpiabotas, meretrices y chulos de poca monta, paqueteros chilenos, estudiantes y, también, predicadores. Así me vi, conversando con el humo de los cigarrillos que había retomado y repitiendo el sabor a lluvia de otras veces, en uno de los bancos de aquella plaza tantas veces maldita.

Nunca, hasta esa mañana (con la excusa de regresar las llaves, pero con la esperanza de ver a Jazmín), supe la hora de llegada del predicador: las diez treinta, hora del reloj de la catedral, una hora olorosa a excremento de palomas. A su alrededor se reunieron los adeptos. Doce minutos más tarde

reapareció el pequeño: tenía el cabello húmedo, como si se hubiera caído en la fuente cuando aún había agua. Venía con su columna de romeros o cruzados.

Una línea, imaginaria pero palpable, separaba los dos semicírculos en cuyos inexactos centros los dos predicadores, como si estuvieran entrenando, recorrían a velocidades desiguales sendas biblias: la del predicador bajito era negra; la del otro, roja. Este último, el de la voz insondable, en realidad no miraba las páginas que se sucedían en sus manos, miraba a su rival como si fuera a embestirlo. Fue él quien primero habló:

- Si yo echo fuera los demonios por Belcebú, ¿por quién los echan vuestros hijos? (Mt 12.27).

El segundo, dirigiéndose más a los seguidores de su contrario que a éste:

- Pronto se han apartado del camino que yo les mandé; se han hecho un becerro de fundición y lo han adorado (Ex 32.8)

Yo, instalado en la estructura de la retreta, observaba a un sujeto de cabello liso y aindiado, que no se sabía en cuál de los dos bandos estaba: además de tener un pie a cada lado de la línea imaginaria, cada vez que cualquiera de los dos predicadores soltaba un versículo, levantaba un puño y movía la cabeza, como si estuviera en un concierto de rock.

Los dos predicadores se acercaban el uno al otro. Se estrechaban los círculos, ya casi concéntricos. El becerro señaló al enano y dijo:

- Porque estas naciones que vas a heredar a agoreros y a adivinos oyen (Dt 18.14).

El pequeño, que tenía el cabello aún más viscoso, dio la orden esperada:

- Oye, Israel, vosotros os juntáis hoy en batalla contra vuestros enemigos (Dt 20.3).

Voz a la cual los dos bandos se echaron uno encima del otro. Pese a mi posición privilegiada no pude distinguir si se golpeaban o si sólo se endilgaban citas y latinazos. Se movían con la lentitud y la fantasmagoría de ciertos sueños, y con el mismo silencio algodinoso. La refriega duró un tiempo impreciso, hasta que llegó la policía y fue haciendo derivar la masa multiforme hacia las patrullas que estaban en la esquina del cine Imperio. Mientras era arreado hacia allá, el headbangers tenía la cara demudada y los ojos en blanco.

Bajé de donde estaba y caminé hacia el sitio de la batalla. Una biblia, pequeña y azul, semidestrozada, era el recuerdo mudo de aquella escena inverosímil. Leí algunas líneas subrayadas, del Apocalipsis: Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego. Junto con la biblia, arrojé al cesto de la basura las llaves de la oficina de

Bencomo, como si estuviera en la escena final de *Casa tomada*.

## Teoría de los parques

Ya el City Park había abierto sus puertas. Era sábado, 25 de junio, y daban ganas de preguntarse dónde estaban los habitantes de esta ciudad inexplicable, dónde estaba ese millón y medio de personas que a diario llenan autobuses, infectan bulevares, recogen y luego dejan caer al piso papelitos cuadrados que informan, en tinta invariablemente verde, sobre dietas increíbles; los días quince y último alargan las colas de los bancos, sobre todo cuando un letrero de inhábil caligrafía nos dice que no hay línea. Pero hoy, como si fuera domingo, no hay nadie.

Al bajar del autobús su mamá le confirmó:

- Sí, está abierto.

Y ella, como si sus palabras constituyeran la antítesis:

- Pero, no hay nadie- pero no hay nadie, repite Vanesa para sus adentros, como tratando de defenderse de algo que comienza a parecerse a un engaño.

De cualquier modo fueron hasta la puerta (se prohíbe entrar en short o franelilla). El vigilante, por toda respuesta, les franqueó el paso. Ahora parecía un sueño de Ricky Rickón: todo un parque para mí sola, era la idea dominante en su sorprendida cabecita de ocho años. Creía que su



anónimo padre había aparecido después de tanto tiempo y, como para disculparse, le había dado ese regalo.

No sabía por dónde empezar: las sillas voladoras o el gusano que es como una montaña rusa, pero pequeña. La pregunta de su madre coincidió con sus cavilaciones:

- ¿Por dónde quieres empezar?

- Por allí- dijo, señalando un lugar vagamente situado entre unos carros y un puesto de venta de cotufas.

- Está bien- dijo su mamá, que luego fue a sentarse en banco, debajo de un árbol escuálido, desenrolló una revista, que había traído más para abanicarse que para leer, y dejó que Vanesa se fuera corriendo, no sin antes gritarle:

- Yo voy a estar aquí sentada, hija, me duelen un poco las piernas.

Vanesa corrió hacia el lugar indicado, convencida de sus propias palabras, dichas por salir del paso. El encargado la vio venir y detuvo la marcha de los vehículos, que habían estado funcionando solos. Vanesa pidió uno rojo. El empleado la ayudó a subir, con una cortesía anacrónica, y luego hizo andar otra vez el aparato. Desde su carro Vanesa vio hacia donde estaba su mamá. Tuvo la impresión de que se había dormido.

Luego de un par de vueltas Vanesa le hizo una seña al encargado: ahora quería uno amarillo. Miró el retrovisor de su nuevo vehículo: no se veía nada, era sólo un pedazo de papel aluminio o algo así. Soltó el volante y vio los otros carros, que venían detrás del suyo, girando en círculos. En uno azul puso a Gilbert, pero con su mamá, la tía Elena; en el verde, Karina, su amiga favorita; en el rojo, Daisy, pero recordó que ésta no había querido prestarle su Barbie Pocahontas y, en su lugar, sentó a Erika; venía uno naranja, que dejó vacío para mayor realismo; en el siguiente, amarillo, puso a Jenny, que era su hermana según le habían explicado un día que la llevaron a ver a una abuela a la que también debía pedirle la bendición. Se quedó pensando largamente en el posible ocupante del que venía, otro azul, hasta que la rueda se detuvo y el empleado se acercó para ayudarla a bajar. Vanesa pensó en decirle algo, pero ya estaba un poco aburrida.

Buscó el carrusel: prefirió un caballo negro porque los blancos daban la impresión de estar sucios y su mamá la había prevenido al respecto. El carrusel repitió la operación de ir colocando a sus amigos, parientes y conocidos en los caballos desocupados. El mismo empleado estaba allí también: era un señor moreno; en su cara tenía regados los pelos, que no llegaban a formar una verdadera barba; usaba una gorra un poco sucia, que decía algo sobre pinturas; cada vez que sonreía se notaban los implantes de oro. El señor la dejó dar otras vueltas

sin decir nada. No llegó a concluir la tercera porque Vanesa, ya fastidiada, le hizo nuevamente una seña.

Vanesa fue a pedir un helado en un kiosco. Dudó entre dos opciones. La que atendía era una muchacha que leía revistas, como su mamá. Vanesa le explicó a la muchacha que su papá había alquilado el parque, que tenía mucho dinero y que si se portaba bien en diciembre mandaba que le hicieran un parque igualito en el patio, pero a lo mejor ella le decía que no, porque se le echaban a perder las matas de cala a su mamá, y que prefería unos patines lineales y el CD de Shakira. La chica la oyó un momento, le sonrió con flojera y siguió con la revista. Vanesa pensó que era una envidiosa y se fue de allí.

Vanesa retornó a los juegos mecánicos después de pedir un algodón de azúcar en otro kiosco, donde atendía una señora gorda parecida a una enfermera que un día le puso una inyección que no le dolió. La señora sí escuchó muy atenta la misma historia que le había contado a la chica de la revista. Esta vez añadió al final, junto con el CD y los patines, un cachorrito de chow-chow, como el que tiene Dariana.

Ya era entrada la noche y sólo le faltaban dos juegos: el gusano, en el que estaba subiendo ahora, y el viaje a la luna. Sin embargo, el empleado, que dijo llamarse Simón, le explicó que en ese aparato no podían subir solos los niños menores de 12 años.

Después de bajar del gusano, Vanesa fue a buscar a su mamá; pero aún dormía.

Regresó al primer kiosco. No habló con la empleada sino lo indispensable, no le explicó que tenía un plan: pidió dos helados, el otro era para el señor Simón. Cuando ya se iba, la muchacha le gritó:

- Pero, bueno, ¿quién paga esto?

Vanesa no le prestó mucha atención, tenía prisa, se hacía tarde. Volteó sin detenerse: la señora que se parecía a la enfermera estaba por allí cerca y le hizo una seña a la muchacha para que se callara.

El señor Simón le dio las gracias y le preguntó dónde quería subir. Vanesa pensó que era muy pronto para decírselo, así que optó por un par de repeticiones: la silla voladora y la pista de carreras. Luego se decidió. Pensó que si fallaba aún podría despertar a su mamá, aunque siempre le dolían las piernas. Comenzó dando un leve rodeo; le preguntó al señor Simón su edad:

- Nooo, yo soy más viejo que Matusalén- y mostró sus dientes, mitad oro mitad blanco amarillento.

Vanesa no sabía quién era ese otro señor, por eso se quedó un rato callada. El señor Simón le preguntó si no iba a seguir. Ella le explicó que nada más le faltaba el viaje a la luna.

- Está bien, yo me voy a subir con usted, aunque ya estoy viejo para eso.

El señor Simón llamó a un tal Epifanio. De una caseta aparentemente vacía salió un muchacho, flaco, moreno, descolorido, con una braga casi tan sucia como la gorra del viejo. Hablaron un momento y luego el señor Simón llegó hasta donde estaba ella, mostrando sus implantes.

Fueron cuatro viajes: Vanesa no quería bajar. Todo se veía tan bien desde allí arriba. Recordó una vez que fue con su mamá a comprar unas estampillas, pero era un sitio cerrado, no se sentía la brisa. Si se pudieran detener un buen rato cuando estuvieran en lo más alto. El anciano volvió a hablar con Epifanio. El señor Simón callado, sonriendo, con la gorra sucia dando vuelta entre sus manos; Vanesa viéndolo todo y comentándolo todo: hacia aquel lado se veía el perfil de las montañas recortándose contra el resplandor de las luces del otro lado de la ciudad, en una de esas casas de tejas rojas vivía su papá. Hasta que la rueda se puso en marcha otra vez.

Su mamá ya había despertado. Conversaba con la señora del kiosco. No supo de qué habían hablado al principio; cuando llegó a su lado, sólo oyó que decían “sí, señor” y “así es la cosa”. Se quedaban calladas y luego volvían a decir lo mismo.

Ante la ausencia de otros niños, cuando Vanesa y su mamá salieron, los aparatos del parque fueron

apagándose. A Vanesa le pareció que el último en apagar sus luces era el viaje a la luna.

Compraron una pizza, para llevar. Su mamá dijo que no quería llegar cocinando, le dolían un poco las piernas. También dijo que menos mal al día siguiente sería domingo y no tenía que trabajar.

Recostada en las piernas de su mamá, Vanesa fue adormeciéndose, al vaivén del autobús, que le recordaba un poco el movimiento de alguno de los aparatos mecánicos. Ya estaba dormida cuando su mamá le limpió, con el dorso de la mano, una gota muy fría en la mejilla derecha.

## Milonga

Dos cornetazos y se abre una puerta lateral de la covacha, una puerta hábilmente disimulada entre el esqueleto de una lavadora dañada y un quiosco donde no venden periódicos sino terminales. El joven Ricardo deslízase hacia el interior de la unidad. ¿Qué pasó, gay? Es el recibimiento de Rómulo. Límpiase la bamba, chigüire, es la réplica. Luego se intercambian miradas que parecen de Bubble Gum. Se inicia otra jornada al ritmo de su música favorita: Sandy y Papo.

Cómprate dos cigarros ahí, dice el chofer. Casi enseguida arranca, dando un vistazo al retrovisor (para revisar sus imborrables ojeras) y halando una cuerquita que permite mover el limpiaparabrisas dañado desde hace tiempo (en esta labor deben colaborar ambos). El colector aterriza dentro de la unidad mascullando un “Santas inflaciones, los cigarrillos cuestan 100 bolos”. El joven hace maravillas: les cobra el pasaje y les da el cambio a dos pasajeros, ayudando a la señora con unas bolsas y al señor con una bombona de gas, mientras enciende los cigarrillos sin que sus pies dejen de bailotear.

Entre otras labores, un colector es el encargado de la decoración de la unidad: coloca una bola de billar (la número cinco) en la empuñadura de la palanca de cambios, compra afiches, peluches, llaveros,

pañitos, todos con el motivo de Piolín, o de Taz. También hace de Disc Jockey, de luz de cruce (sacando la mano) y silba, a falta de corneta.

¿Viste dónde está el Popeye? Ricardo también lo ve. A ése lo pasamos en la recta del Cuartel. Pero ni el eficiente y anónimo Alfred hubiera sido capaz de prever la infortunada y aciaga intervención de una mujer de cabello violeta a bordo de un Malibú 77: la maniobra de girar en “U”, no autorizada por la DGTT (siglas de la Dirección General de...), fue realizada con poco éxito, bloqueando las dos vías. Rómulo se indigna. Piensa: ni que fuera una gandola. Dice: cuidado con la batea. Ricardo lo repite como un eco bien educado, riendo, porque sabe que con ese tecnicismo se designa la parte posterior de los vehículos pesados de carga. Luego mira a Rómulo, como si estuviera hecho de Lolly Pop.

Cerca de la CANTV (siglas de la Compañía Anónima...), una prostituta inicia sus afanes casi madrugando: falta poco para las ocho. Ricardo le dice a Rómulo: Miramesto. Luego, a la gatuvélica trabajadora: ¿cuánto es el dolor?

Llega el momento de gloria, tal como se previó: en el semáforo frente la estación de servicio del Cuartel todos ceden el paso a una patrulla vociferante. Rómulo se pega a la misma, como si fuera a remolque, y adelanta a Popeye. Para celebrar, el colector vocea una ruta fantástica: Tarapío-190-Güigüe-Tocorón. Hasta la victoria siempre,



camarada. Ricardo deja extendidos sus dedos pulgar y meñique de la mano derecha, moviéndola hacia arriba y hacia abajo de una manera sicalíptica y silbando una tonada que recuerda al grito de guerra del sobrino de Scooby Doo.

En este oficio los colectores y conductores han desarrollado un sistema de señales para comunicarse, intra e ínter autobuses:

El signo antes explicado también puede significar que una unidad que salió detrás está por adelantar o que le llevan mucha delantera a la persona a quien se le hace la seña.

Un golpe, de parte del colector, sobre el costado del autobús es detenerse; dos, arrancar.

Cuando el chofer agita un billete cerca del retrovisor es que necesita que alguna unidad lo auxilie y le dé algo de cambio.

Deslizar hacia delante la mano extendida de manera horizontal, comenzando con el pulgar cerca de la barbilla, significa que la unidad que va en primer lugar debe continuar sin detenerse demasiado en las paradas, para que la que viene detrás pueda ir con más calma.

Esta misma señal, pero con la mano vertical hecha por un colector a otro, ladeando ligeramente la cabeza, quiere decir “te esperé el sábado en la noche y no fuiste, chigüire”.

Popeye, con su voz nasal, que ya comienza a parecerse a la corneta de su vehículo, dice: “no, hombre, yo no sé para qué Rómulo corre tanto; yo no, yo no corro, para qué, si las calles son las mismas y están en el mismo lugar desde que yo me acuerdo”. Popeye habla con todos los pasajeros, con nadie, con él mismo. Me dan ganas de preguntarle si ha oído hablar de Heráclito, pero sólo le pregunto su edad: “yo no sé, yo no sé qué edad tengo, yo no sé leer, pero yo estoy manejando esta bicha desde Pérez Jiménez; me acuerdo que yo cobraba un medio”. En cierto modo aclaró mi duda y dejo de oírlo, porque ya conozco la historia.

Popeye y Rómulo hacen la ruta nocturna desde y hacia Tarapío. Creo que nunca se han hablado. (Rómulo siempre gruñe, menos cuando habla con Ricardo.) Son odiados por los taxistas y reverenciados por los noctámbulos que no siempre tienen que con qué pagar una carrera. Se puede decir que son afortunados, a pesar de trabajar hasta tarde no han sido víctimas del hampa. Salvo una vez, que un sujeto robó a Popeye y le dio un chachazo: “pero me vas a robar, si yo te conozco a ti y te ha dado la cola más de una vez”, le dijo al ayudante que llevaba la bolsa donde introducía las pertenencias de los pasajeros; “pero yo no”, le dijo el otro, y por eso lo golpeó en la cabeza con el revólver. Era verdad, como no era de Valencia, no lo conocía.

La ruta llega hasta la avenida Lara con Ferias, una barrera que no franquean jamás. Como las ballenas azules, que no cruzan el Ecuador, no se mezclan las

de un hemisferio con otro. En el sur debe haber otros popeyes y otros rómulos, que complementan el viaje de los que tienen que ir de un extremo al otro de la ciudad.

Las personas que abordan estas unidades nocturnas, llamadas, genéricamente, “piratas”, son de lo más diversas. Beodo embrutecido por el alcohol y por una música que no oye pero que corea; siempre hay una vieja gorda hablando consigo misma; dos homosexuales hablando sobre el fraudulento resultado del último Miss Gay celebrado en la ciudad; una chica hablando con un perrito que trae dentro de un bolso, un sujeto con nariz de pingüino, muy bien trajeado y con paraguas; la novia, con cara de arrepentida por lo que acaba de hacer, y el novio, mirando por la ventanilla, evaluando posibilidades futuras; un ciego que tiene más de veinte años pidiendo dinero en los autobuses, para operarse la vista (a este hombre siempre lo recuerdo igual, parece que no envejece); uno de éstos, uno de éstos que se suben en el autobús a vender caramelos o a pedir simplemente, uno de éstos que duermen en la calle, detrás de un Pizza Hut, en lo que antes era un Burger King, cerca de la estación del metro en construcción, uno de éstos que duerme con un cuchillo de gran tamaño, para protegerse de los otros como él, que ya lo han violado cuatro veces.

Popeye casi nunca necesita un colector. Regresa solo a su casa, que nadie sabe dónde queda; nadie sabe

tampoco su verdadero nombre. Acaso, cuando habla consigo mismo, se llama también Popeye.

Rómulo y Ricardo siempre trabajan juntos. Rómulo lleva al colector a su covacha, donde estaba cuando comenzaron estas líneas. Se miran y saben que sin ese pequeño adiós cotidiano el amor sería menos amor y viceversa. Chao, loca; chao, parchita. El motor ruge al arrancar, como si estuviera despidiéndose.

**A**RRABAL

## **Historia absolutamente falsa**

Aquello fue primero un pueblo, una especie de alcabala a ambos lados de la carretera de entrada a la ciudad. Tenía una iglesia modesta y un terreno pelado, en el cual un candidato a alcalde, cuando hizo una visita al pueblo de sus antepasados, prometió construir una escuela. La cuarta primera piedra, que el señor candidato colocó para hacer compañía a las anteriores, al pasar los años, ya tan mohosa, no se la distinguía de las otras.

Todo comenzó a cambiar cuando la chiva pinta, fiel a su costumbre, se había escapado, y Nicasio Paredes le dijo a su hija que fuera a buscarla, pues ya tenía varios días sin aparecer y la chiva, aunque mañosa, era una de las más productivas. Así, la Menor- como la llamaban- tomó una ración de hallaquitas, agua y, haciéndose acompañar por su perro (Chiquito), salió de su casa dispuesta a no regresar hasta cumplir su misión.

Caminando bordeó la carretera y llegó hasta las cercanías del Peaje. Muchos vehículos estaban allí detenidos. Algunas muchachas se acercaban a los hombres de los vehículos y efectuaban intercambios.

- Epa, tú, ey- ella se tocó en el pecho y, ante la afirmación del hombre, se acercó con pudor: notaba la diferencia entre los harapos que la cubrían y los vestidos de las otras muchachas.- ¿Tú qué vendes?

Creyó entender y sacó las hallaquitas y el queso. El hombre, recostándose en su camión, tardó menos de cinco segundos en hacer desaparecer los alimentos.

- Ummm, sabrosas- fue todo lo que dijo, al tiempo que le entregaba dinero y subía en el camión.

La Menor se fue corriendo, tras Chiquito, que se espantó por el ruido de aquella cosa. Llegó a su casa con los billetes a punto de deshacerse por el sudor de sus manos. Contó lo sucedido. Esa noche, sin poder dormir, la Menor, mientras escuchaba con alivio los inequívocos berridos de la chiva pinta, se convirtió en la primera ambiciosa de aquel pueblo sin nombre y sin historia.

La segunda innovación también fue obra de la Menor; a pesar de que ya tenía algunos años de casada y un hijo, los vecinos seguían llamándola así. Pero el respeto y la autoridad moral que le suponía sus conocimientos en el comercio comenzó perderse a raíz de esta segunda innovación: hasta entonces la economía del lugar seguía dependiendo de las hallaquitas y del queso de chiva, que acompañaban con jugos de guayaba o parchita. Un día un cliente, un camionero (que tenía otros intereses, ya que la Menor conservaba unas buenas piernas), convenció a ésta de que se llevara una gavera de refrescos (lo cual era posible gracias a que la electricidad y la tecnología- en forma de neveras- habían llegado a esa parte del mundo). Al día siguiente la bebida fue la más solicitada. La Menor dictaminó que los jugos

eran cosa del pasado, no tanto por el margen de ganancias (que era casi el mismo) como por el notable ahorro de tiempo y esfuerzo.

Algunos de los vecinos se sintieron traicionados, otros se acogieron con agrado a la nueva moda. Los que decidieron continuar la tradición de los jugos, pese a que parecía arriesgado, descubrieron que podían tomar decisiones sin esperar los designios de la Menor.

Hasta que en una de las tantas peleas, Cheo Palencia hirió con un pico de botella a Portillo Lara. Las acusaciones llovieron sobre la Menor. De nada valió que les explicara que ella no podía ser la culpable indirecta de esas heridas, puesto que el arma agresora era un fragmento de botella de Coca-Cola, producto envasado y distribuido por la Embotelladora Delta, y ella sólo le compraba a la Embotelladora Carabobo, que vendía Pepsi y Hit.

Después de un tiempo, durante el cual se tejió un cerco de silencio a su alrededor, la Menor logró la reconciliación con una tercera innovación. En el marco de una fiesta que había organizado, dio a probar a todos el producto. Si bien los refrescos en cuestión no tenían un sabor muy agradable, producían un efecto hasta entonces desconocido: habiendo bebido dos o tres botellas de aquel líquido, daban ganas de reír por cualquier cosa, todos parecían risueños y alegres; inclusive, daba la impresión de que el osito dibujado en la botella también sonreía pícaramente.



## **El difunto más solitario del mundo**

La ciudad en su crecimiento le dio alcance al pueblo y lo arropó, elevándolo a la categoría de barrio. A este hecho contribuyó la creación del nuevo cementerio. El mayor orgullo de los lugareños fue que ellos mismos se encargaron de estrenarlo: Valentín Brizuela había fallecido. Casi se alegraron. En realidad nadie lloró: Valentín era un vago, sin familia, borracho y ladrón de gallinas. El único en sentirlo fue su compañero de tragos y cómplice en fechorías menores, Pedro Rivas. Sin embargo, pese a haber tenido esa vida al margen de la ley y las buenas costumbres, Valentín fue exaltado a la gloria. Nunca le faltaban flores ni visitas.

Por razones nunca descubiertas por la incipiente ciencia médica de la región, después de que enterraron a Valentín la tasa de mortalidad relativa de la región decreció hasta llegar a cero. Así, la comunidad comenzó a hacer los preparativos para rendirle un homenaje al único habitante de su cementerio, ambos próximos a cumplir un año, de creación y de fallecimiento, respectivamente. Pero la placa, que sustituiría la tosca cruz de cemento, único objeto que proyectaba sombra en la horizontalidad del cementerio vacío, la placa que había sido ordenada y que contendría una emotiva dedicatoria, nunca sería puesta en su lugar. Pedro Rivas se había suicidado y les había echado a perder la fiesta.

Después del entierro, cuando todos regresaban del cementerio donde el difunto solitario ya estaba muy bien acompañado (habían puesto a su compadre justo al lado), los habitantes de la zona venían recordando que Valentín y Pedro habían sustraído una mano de topocho que el padre Julián había dejado madurando en el mismo patio de la casa parroquial, que se habían robado una gallina y se la comieron casi cruda por el temor de ser descubiertos.

Pedro Rivas no sabía leer ni escribir. No dejó una carta en la que explicara si el suicidio había sido por solidaridad o por razones egoístas, es decir, se había suicidado porque pensaba que su compadre estaba muy solo allá en el cementerio y ésa era la mejor forma de hacerle compañía o si, por el contrario, quien se sentía solo era él.

## **Páginas amarillas**

Nunca supe por qué a Arepa le decían así: era tan feo como extraño; tal vez no le convenía otro apodo. Tampoco llegué a saber su verdadero nombre. Era miembro de la brigada de choque: cada vez que había pelea lo buscábamos, junto con Richard, el Bulldog. Como eran varios los Richard, había que diferenciarlos por el apellido: Richard la Tara, Richard el Sólido, Richard Rosco, Richard Torito, Richard Erre (el hermano de Cabuya y de Pichón; entre los tres se fumaban media tonelada de marihuana al año). También con los José: José Arigüelo, José Panda, José el Chigüire. Alex: Alex Ojón (que era el encargado de buscar a cualquiera que fuera necesitado en la cancha, razón por la cual nunca se bajaba de la bicicleta, que ya parecía una prótesis), Alex Achechino (o simplemente Ache), Alex Tucusito, Zorro Pelú (el mejor futbolista de la zona), Alex El Curita (que iba a misa todos los domingos, pero sólo a ver desde lejos a Chelo). De todos modos se repetían, había apodos compartidos: Catire, Papi, Churro, Chino, Viejo, Mono, Diablo, Perro (y su hermano mayor, el Perrote), Conejo, Viejo Pedro (a uno de ellos lo mataron un 24 de diciembre); había que colocar un segundo mote: Catire el de la Calle de Tierra, el Chino Rojo, el Churro Chiquito, el Mono Coquero. Cuando llegaba uno nuevo a la cancha, era bautizado: Luciérnaga (por los ojos amarillos), Sardina (por su olor), Robin (por el carro de su papá, que parecía el Batimóvil), Charlie (por el

bigote, a medias Chaplin a medias Charlie García), Gillman (yo, por el pelo largo); de nada valía que uno repitiera mil veces el nombre, igual se quedaba con el que le habían puesto. Muchos no tenían nada que ver con la persona, o no se sabía bien cuál era el motivo: Guabineto, Lenteja, Pitoto, Gasolina, Tirri, Batería, Huevo, Yonquei, Cocoa, Kimba, Catalina, La Chaidi (que era homosexual y había iniciado a la mitad del barrio en “la secta del fénix”), Cuerpo e Perro, Mamanini, Kiru, Firu, Katanga, Katano (que andaba en silla de ruedas y se las ingeniaba para robar, usando un doberman), Chúa, Chija, Chiricuto, Vego, Cantarín (que una vez le pidió cien bolívares, “pa una carterita de cocuy”, a Salas Römer, cuando éste caminaba haciendo campaña por el barrio, y se los dio y le dijo “échate un palo a mi salud”); había un Currutaco, no el que después se hizo famoso, pero también lo mataron, como mataron a Pelo e Rata, a Pelo e Mono, a Cambeto, a Cachicamo Jo, a Jueves, a Ñongo, a uno de los Bachaco, a uno de los Tupamaros, a Barriguita (que una vez me robó un trompo), a Chile, a Pachi, a Blackie, a Fumarola (a uno de los varios que así se llamaban), al Caimán Mayor, a Corroncho, a Mai. También estaban Tragaleche, Bongo-Bongo, Nerry, Mime, el Yarro, Guanipa, Cory, Chalala, Gusano, Tarzán, Capulina, Cucaracho, Kikiriki (que ya había cometido su primer crimen a los doce años), Pared, Yoda, Lele, Popy, Pipo, Iguano, Piquijuye, Carapacho, Memín, el Charlero, Rodilla, Burro Negro, el Burrito, Ñoño, Mamarrín, Pan con Leche, Trol, Munra, Papá Pitufo, Gargamel, Asrael, Cabubi, Akimichú y la Estúpida Sabandija de las Nieves;

Cuero, Palo-Palo, Flash, el Trompo, Sanguijuela, el Papá de las Chaimas, Robagallinas, Doctor Kuki, Cogemuertos, Amador Bendayán, Ñema y Ñemita. También me acuerdo de Chispa que estaba casado con aquella mujer rubia, ya no tan joven, pero aún bonita. Después de un año y medio ella quería la separación; él no. Ella dijo, pues, que, si no quería, iba a traicionarlo con el primero que se le pusiera al alcance. Así lo hizo, con el primero (que fue el Gusano), con el segundo (Cachó), con el tercero, y con muchos más (ya nadie, ni ella misma, los contó; o más bien, se contaba a los que no pasaban por ella). Chispa lo sabía, se emborrachaba y lloraba sin mucha convicción, pero no quería dejarla. En algunos casos era por una expresión usada con frecuencia, como el negro William, que le decía Chácata a todo, luego, él era el Negro Chácata; igual pasaba con el Gordo Brother o con David Misterio; Sendo le decía sendo a todo así como Madre le colocaba el adjetivo Madre a todo lo que fuera grande, sorprendente. O por cualquier otra razón: Cuñado era el hermano de Dulce, la más linda del barrio y la única que no se escapó con el Figurín; todo el mundo quería ser su cuñado, hasta su hermano, el Papi, le decía así. Coletó parecía que nunca se bañaba, o tal vez lo hacía como las gallinas: con tierra. Pelo quería dejarse el cabello largo, pero sólo consiguió un parecido con el jugador de los Globetrotters, el que se sacaba cosas de la cabeza; tenía sus variantes: Pelo e Cochino, Pelo e Jojoto, Pelo e Caimán. Comiquita había dos: uno que tenía voz de niña y practicaba fisicoculturismo y otro que tenía la cara de verdad

como una comiquita. Mataperros había comenzado estudios de Medicina Veterinaria. Nosferatu, Vampirulo, Murciélago y Vampirrata eran ojerosos, pálidos, salían nada más de noche. Hemorroides no podía estar sentado. Alambrito, Culebra, Chorrito e Miao, eran los más flacos, juntos no sumaban ciento cincuenta kilos. Entre los flacos también estaba el Zancudo. Manguera parecía una manguera así como Arañita parecía una araña: el tronco pequeño y corto, brazos y piernas largos, flacos; caminaba como podría caminar un araña si se pusiera en dos patas. El Búho, Garfield y Ojo e Vaca eran como unos renacuajos, puro ojo; juntos eran la familia Simpson, juntos se la pasaban. Niño Rata, Ojo e Pollo, Caregallo, Careniña, Carepiña, Careguante, Boca e Perol, Rata Blanca, eran tal cual los describen sus nombres. Dumbo era de verdad orejón (decían que visto de frente parecía un Volkswagen con las puertas abiertas). Zorrillo y Mapurite (también conocido como Pepe Lepú o, simplemente, Críspulo) nunca se bañaban. Nano (apócope de Enano) medía más de dos metros. Gasparín, que era de un color más oscuro que el negro; tenía un hermano, de su misma tez, al que apodaban simplemente el Negro, imagino que para diferenciarlo del resto de sus familiares. Jito parpadeaba más de diez veces por segundo; primero le decíamos Semáforo, luego Ojito; era el hermano de Pata e Loro o Pata e Musiú, e hijo de Cachó. Mamalengua se la pasaba todo el día con el dorso de la lengua pegado en el labio superior. Bolívar no era un apellido, le decían así por sus patillas coloniales. Tomate, el hermano de Morrocoy y de Cochino

Gordo, no podía caminar diez metros porque ya estaba rojo. Dominó era blanco y con grandes lunares. Renny no era exactamente Cabeza de Triángulo ni Cabeza de Mapamundi ni Cabeza de Paila; tuvo que conformarse con Cabeza, nada más. Concha e Papa tenía la piel de ese color. Héctor primero fue Chuleta, después Morcilla, luego Chinchurria; al final encontramos el más conveniente: Parrilla. Recortado era uno que debido a varios accidentes en moto había sufrido sucesivas operaciones y cada vez sus piernas eran más cortas. Piraña comía diez veces al día, por el monchis. Condorito y Sam el Tucán eran pura nariz. Godzilla y Godzuki eran dos hermanos absolutamente monstruosos. A Topol ya no le quedaba ni un diente sano antes de cumplir los 17. Fósforo era flaco y pelirrojo. Genovevo y Milton, tan altos como estúpidos. Juan Droga lo hacía todo en cámara lenta, igual que Rophinol. Bolivita todo el día pidiendo: un bolivita, un bolivita, era capaz de decirlo cien veces en un minuto; Matraquita era su colega. Una vieja, a quien apodaban Radio Rumbos, un día llamó puta a la mamá de Miguel; éste le dijo que la iba a matar. Desde ese día Radio Rumbos enmudeció y Miguel se convirtió en el Mataviejas. Camello, la Jirafa, la Hiena, Francisquito (el burro que habla), el Gallo Claudio, Camarón, el Bagre, el Oso, el Lobo, la Boa, completaban la fauna de la zona. Margot había pasado a llamarse igual que su mujer después que ella lo defendió en una pelea. Un día, ya ebrio, Gerardo dijo que, como a él lo respetaban mucho, no le habían puesto un sobrenombre, era el único. Desde ese día lo

llamamos el Único. A Guayabita y que le decían así porque se lo habían cogido en el cerro a cambio de unas guayabitas del Perú.



**(Sin título)**

## **Modus operandi**

Vagamente aburrido, en el techo de la tercera casa de esa jornada, Churry detuvo la operación de desatar los amarres de las láminas de zinc. Esa era su tarea de todas las noches, por ser el más flaco y pequeño y porque así lo había solicitado. Para disfrutar más tiempo del sabor del riesgo, se recostó un rato, de cara al cielo, pensando. Pensó: si hay alguien dentro de la casa seguro creará que soy un gato, o un aparecido de éstos que caminan sobre los techos (Estos espíritus deben conjurarse lanzando hacia el techo una prenda interior masculina previamente sudada.) Pensó: soy como la mona Juanita, todo el día dando tumbos por los techos. Entonces deberían llamarme el Mono y no el Churry.

## **La mona Juanita**

La segunda cosa más desagradable del mundo, después de vivir en una casa que colinda con un taller automotriz, es que los propietarios de éste tengan una mona que se pasee por todas las casas vecinas y que, inmisericordemente, maniobre en los alambres de colgar ropa, sintiendo especial predilección por las telas blancas, por las camisas de Mario, el peruano que trabaja como mesonero. Ya Mario había amenazado varias veces a Luis, el Burro, propietario del taller y padre adoptivo de la mona; le había dicho que iba a agarrar el animal e

iba a envenenarlo, crucificarlo, matarlo o meterlo en un saco y donarlo al aquarium JV Seijas. El Burro no se inmutaba: como todo propietario de taller, lucía un revólver.

Joana se llamaba la única hija de Mario, una cholita de seis años. Joana había visto a Juanita descender al patio de su casa y había permitido que se le acercara. Joana cargó al animal como si fuera un bebé y el animal le propinó un mordisco en la mejilla izquierda.

Mario salía del Torigallo a las cuatro. Dormía hasta tarde. Se despertó con los alaridos. Una vez sabida la causa del percance, fue al taller dando grandes voces, como para enterar a los vecinos que no hubieran escuchado los gritos de su hija. Entrando al taller vio a la mona y le arrojó lo primero que tuvo al alcance: una llave de 3/8. Falló el tiro. El Burro se interpuso. Discutieron y acordaron salir a la calle, “para arreglar ese problema como lo arreglan los hombres”.

La mona estaba completamente excitada; no espero el final del combate y comenzó a trepar por los postes y se detuvo en una de las líneas de alta tensión, viendo a todos con aire inocente. La pelea se detuvo. Mercedes, la esposa del Burro, lloraba. El silencio expectante fue roto por la descarga: la cola del animal había rozado el otro cable. Cayó al suelo ya sin vida. Tenía los dientes pelados y un coágulo sanguinoliento en la base de la cola. Las vecinas noticiosas aseguraban que, entre los intercambios

de miradas, el Burro no dejó pasar inadvertido el que sostenían su esposa y su rival.

### **Modus operandi (continuación)**

Aunque los vecinos, gracias a la brisa, en algunas ocasiones se percataban de la falta de amarres, nunca tomaban precauciones. Por eso lo demás era sencillo. Churry y Nico entraban a la casa; Memo y Richard, en el techo, recibían la mercancía. Sabían qué buscar y dónde. Los equipos de sonido y televisores muy grandes eran descartados porque perjudicaban la maniobrabilidad. Los pots de cocina deparaban la sorpresa de un anillo o varios billetes. Los zapatos de marca eran para quien los encontrara o para quien coincidiera con la talla.

Las casas visitadas no siempre estaban solas. Ellos sabían aprovechar esos baches en las rutinas, los domingos en la madrugada, después de un fin de semana largo, lleno de excesos, cuando todos duermen profundamente. Por eso los apodaban los Invisibles. La familia ultrajada aseguraba, en días posteriores, que habían empleado alguna sustancia para hacerlos dormir. Nada más falso. Sólo se cuidaban de no permanecer más de diez minutos dentro de una casa, no entrar en habitaciones donde estuviesen ancianos. El resto era zigzaguear por los techos, cargadas de artículos las mochilas diseñadas para ello, guiándose por el mapa que Churry había levantado en sus correrías.

## **Memoria y cuenta**

La casa de Richard era el depósito. Un religioso 25% para cada uno, producto de la venta de los aparatos. Sólo un percance en todo este tiempo: los estatutos establecían que, por más provocativa que estuviera una mujer, no se la debía mirar; Manolo había caído por error de ese tipo.

Manolo jugó en las grandes ligas: participó en robos a blindados y a bancos; fue capturado cuando, días después de un atraco al Venezuela (más de 25 millones), celebraba de una manera demasiado ostentosa en el *Welcome*. Con su foto en la última página del Noti-Tarde se supo, además, que hasta había secuestrado a un ganadero. Alguien pagó y lo soltaron, al cabo de un tiempo. Pero algo debe haberlo acobardado (decían que las violaciones cuando estuvo en la Máxima), porque ya no volvió a intentar nada a gran escala y organizó a los Invisibles, que funcionaron a perfección, hasta una noche.

## **En el entierro de un amigo**

Fue una que noche todos habían entrado a la casa, al lado de los Melaza: una mujer sola no revestía mayor peligro. Desde la cocina, donde estaban, oyeron abrirse la puerta principal; casi todos, excepto Manolo, a horcajadas sobre aquella morena que pareció no haber opuesto demasiada resistencia. El disparo aconsejó a Richard, el último en subir, despedirse del zapato que se le cayó.

Manolo había sido del gremio motorizado. Y era un héroe caído en el combate: como si fuera Ramsés I, en el interior del ataúd colocaron botellas de anís, un walkman, su revólver, entre otras cosas. Los que iban armados, casi todos, tributaron una salva.

“Al reposar en tierra el ataúd sonó con recio golpe, solemne en el silencio”, pareciendo activar con ello las sirenas de la policía que había acordonado el cementerio. Las motos recuperadas, los revólveres decomisados, los prófugos, fugitivos, sospechosos y solicitados que fueron capturados, rebasaron cualquier cifra anterior en la delegación Carabobo.

## **Falsa alarma**

En otra ocasión Churry había estado a punto de perder la fe en su buena estrella: atravesaba a oscuras el pasillo de una casa, en dirección a lo que bien podía ser el comedor, y casi se tropieza con una niña. Esta ni reparó en él y siguió hacia la sala, donde se sentó en el piso y comenzó a murmurar, como si rezara. Al poco rato se dio cuenta de que la niña era sonámbula. Sin embargo, hasta que no estuvo en el carro, con el producto de la noche, no pudo reprimir el temblor, riendo artificialmente para combatirlo.

## **El error**

- ¿Muchos robos seguidos en la misma zona?

- ¿Demasiado tiempo entre el desatar los amarres y la incursión?

- ¿Querer hacer de su actividad un escarmiento para Gabriel, quien a todos inspiraba especial antipatía?

## **Gabriel, el figurín**

Los andares y modales de aquel petimetre, que se creía un comercial de Tommy Hilfiger, más que detestables, lucían inapropiados, sobre todo en aquel lugar que parecía la idea platónica de un callejón: estrecho, oscuro, sucio, maloliente y atestado de viejas chismosas.

Con él vivían: una mujer de lentes (su esposa o una inquilina a quien le subarrendaban), dos más jóvenes (sus hermanitas o sus hijas o sus sobrinas) y la otra (su hermana mayor o su esposa). Nunca discutían, o por lo menos no lo hacían gritando, como todos los demás; nunca hablaban con nadie. El mequetrefe tampoco jugaba básquet o pool, porque a lo mejor creía que se le echaba a perder el manicure; se hacía la manicure, se le notaba desde lejos.

¿Por qué no lo agarraban entre varios- aunque uno solo quizá bastaría- y lo lanzaban de cabeza en el enorme hueco de entrada al callejón, que ni siquiera en verano dejaba de mostrar su agua fétida y populosa de zancudos? Pues, porque el individuo se iría y la curiosidad quedaría insatisfecha. Y en cierto modo quedó cuando, tiempo después de una noche,

*aquella* noche, se desaparecieron todos. Se mudaron de una manera silenciosa, como su vida entera.

Al principio todo pareció una casualidad, pero después el asunto fue en aumento: las chicas del barrio estaban desapareciendo; sobre todo las más lindas. Las diez o doce que se podían considerar lindas. Los mismos padres no sabían; y cuando conjeturaban, presumiendo que el lugar donde estaban era Caracas y trabajando de noche, la indiferencia los ganaba.

En la cancha se hablaba del tema con total apasionamiento. Tarde o temprano iba a surgir la relación y surgió: el maniquí tenía algo que ver en el asunto. El Perrote habló: cerca del edificio donde trabajaba de vigilante, lo había visto en un convertible blanco. Nadie se decidió hasta que una tarde reapareció, llorosa y con un vestido muy llamativo, América, la hija del viejo Lucho. Ya no hubo dudas. Había que ir.

La puerta estaba abierta; la casa, semivacía, a no ser por las camas que llenaban las innumerables habitaciones en las cuales algunas de las chicas todavía se negaban a despertar, en sentido literal y figurado. El asunto era que el tipo se las había ido llevando, una a una; les presentaba la alternativa: se quedaban allí y trabajaban para él o volvían al barrio. Y ninguna quiso volver, ni siquiera cuando, después de tres meses de desaparecido el sujeto, la

inmobiliaria amenazaba con el desalojo y ellas sobrevivían gracias a unos pocos *hijos*.

Se creía que el figurín ya estaba haciendo contactos en otros barrios nacies. ¿Cómo los hacía, si nunca se le veía hablar con nadie? Las mismas chicas no quisieron aclararlo, ni eso ni lo de las mujeres que andaban con él; que nunca mostraron su cara por esa casa. Después de eso las más, resignadas, regresaron al barrio, a embarazarse y casarse. Otras, en Caracas, siguieron la carrera.

## **La pelea**

El día de aquella noche fue memorable para mí (tenía seis años) por varias razones. Una fue la pelea, no porque nunca ocurriera una. En realidad, no había fiesta que no terminara en una pelea. Recuerdo, por ejemplo aquélla que tuvieron los dos Enriques. El primero quedó acorralado y corría con la espalda pegada a la pared final del callejón, esquivando las botellas (alguien colocó allí providencialmente dos cajas de cervezas) que el segundo lanzaba sistemáticamente. La escena me recordó esos juegos de feria en los cuales los blancos, al ser alcanzados, giran y van de un lado a otro. Con la diferencia de que Enrique se devolvía sin que llegaran a golpearlo: se detenía justo en el lugar donde estallaba la botella y cambiaba de dirección.

Algunas peleas eran leyenda, como la de mi papá con Coromoto, cuando éste intentó robarlo. Mi papá



no tenía dinero, ni traía otra cosa en la bolsa, como no fuera un trozo (unos treinta centímetros) de tubería de agua, que dejó caer en la cabeza de Coromoto. El a partir de entonces loco pasó a ser llamado Kung Fu, por los espasmos, temblores, convulsiones y otros movimientos que generalmente semejaban artes marciales.

Pero de la que hablo no llegó en realidad a ser pelea: recuerdo una gritería que bajaba e hizo que nos asomáramos hasta la entrada de callejón. El Morocho- pero no el que estaba loco sino el que era evangélico y, años después, mató a su esposa, una flaca que estudió con mi hermana- venía con su indumentaria típica: un pantalón arremangado y unas chancletas. Daba como unos saltos y cada tanto se detenía, volteaba y le hacía señas de que se acercara a Cheo, el que se jactaba de ser el consumidor de marihuana con más años en el asunto; y nadie se lo discutía, tomando en cuenta su deterioro.

Cheo, haciendo honor a su apodo de Rophinol, corría como Lee Majors en el Hombre Nuclear, a cámara lenta, mientras decía, a la misma velocidad: pero espérate, que tú tienes toda la oportunidad. Por toda respuesta el otro daba más saltos, se detenía y le hacía la seña de acercarse. Nadie entendía el sentido de aquello, ni lo que se proponía el Morocho; pero lo que se oía parecía indicar que en ese trance habían venido bajando desde la calle de tierra.

A la entrada del callejón había un hueco que ni aún en verano dejaba de mostrar su agua verde, fétida y populosa de zancudos. Un alma caritativa colocó una banderola: un trozo de bolsa plástica color naranja al extremo de una rama del árbol de pata de ratón, que se sostenía con dos trozos del mismo asfalto que la lluvia en su violencia había arrancado de cuajo. La idea era que los pocos carros que quisieran entrar al callejón supieran del hueco.

Pero Cheo no se dio por enterado y tropezó con una de las bases de la banderola. Cayó lánguidamente. Yo conté hasta seis antes de que su cuerpo hiciera que se levantara un surtidor de agua, que subió de un modo igualmente lento. El agua lo cubrió, mientras repetía aquello de tener toda la oportunidad.

## **Parecía que estaban esperándolos**

La noche de aquel día, aquella noche. Parecía que estaban esperándolos, porque apenas Churry tocó el piso de la cocina de aquella casa, unas manos invisibles lo inmovilizaron. Nico se dio cuenta y trató de huir, pero una escardilla le haló el pie y cayó al patio, dislocándose un hombro y golpeándose la cara. Richard saltaba entre una y otra casa, hundiendo los techos (pero ya no importaba). Memo venía detrás, preguntándose cómo era que no había visto al hombre que hizo caer a Nico. Memo ya no veía a Richard, ¿habría saltado hacia la calle? ¿Dónde lo haría él? Se detuvo, aunque sentía que alguien venía detrás, que casi lo

alcanzaban. Recordó que era martes de carnaval: los silbatos con que los vecinos se comunicaban parecían subrayarlo de una manera siniestra.

## **Primera vez**

Nico se empeñaba en ver bien los rostros de sus agresores, pensando en una futura venganza; pero no podía distinguir nada ni sentía ya dolor por los miles de golpes. Sólo oía: oía que lo llamaban desgraciado, perro, sucio, ladrón, sinvergüenza; un poco más lejos, otros gritos revelaban el desenlace de la persecución del Memo. Más allá, en el confín de la noche, oyó una sirena de policía. Trató de sonreír: era la primera vez que lo alegraba ese sonido.

## **Aclaratoria**

Todos creíamos que el Churry era un enano, un viejo talla doble ese. Pero el periódico se leía muy claro: el occiso, Henry Polo a “El Churry” (13) y, a continuación, las palabras contusiones, traumatismos, hemorragia, entre otras.

**UNIVERSITAS  
CARABOBENSIS  
DEUS LIBERTAS  
CULTURA**

# **Órgano de Divulgación de la Secretaria de la UC**

Reseña extraoficial

Consejo Universitario

De fecha 11-11-96

Sesión ordinaria N° 1.041

Punto N° 1: el Rector Presidente somete a la consideración del cuerpo las minutas N° 297 y 298.

Minuta N° 297 del 14-10-96.

Resolución: se acuerda diferir la minuta N° 297 debido a discrepancia que existe con el punto 7 aparte 4.

Minuta N° 298 del 21-10-96.

Resolución: aprobada.

Punto N° 2: el Rector Presidente presenta el caso de la asignatura Obligaciones de la Facultad de Derecho. Procede a dar lectura al documento presentado por el grupo de bachilleres. Propone el diferimiento del punto.

Resolución: se acuerda diferir el punto.

Punto N° 3: el Rector Presidente designa como segundo asistente para las autoridades rectorales, solicitado mediante oficio CD-6218 de fecha 05-11-96 de la Comisión Delegada, a la Lic. Ana Acosta. Este funcionario no devengaría prima de autoridad. El Dr. Flores Farfán, haciendo uso de su derecho de palabra, objeta que la mencionada licenciada tiene cuatro hermanos oligofrénicos.

Resolución: se autoriza la designación.

Punto N° 4: el siguiente punto esta relacionado con el bachiller Hernán Colmenares, estudiante de la facultad de educación, sentenciado por el juzgado Sexto de primera instancia en el penal por el delito de abuso sexual contra la bachiller María José Oliveros. Solicita del Consejo Universitario: 1. la tramitación de indulto o sobreseimiento de la causa. 2. un manifiesto remitido de prensa en el que se aclare que él tenía relaciones con su presunta víctima, quien sólo busca venganza. 3. pedir que se exija su derecho a la vida, que hoy teme perder.

Resolución: se acuerda comisionar al Prof. José María Oliveros junto con la abogado Dennys Rodríguez, Coordinadora de la Comisión de Derechos Humanos de la UC, a fin de que determinen la medida más favorable que pueda ser invocada por el afectado.

Punto N° 5. El Prof. Alexander Mejías solicita se traiga al Consejo Universitario la situación planteada con Bachilleres, como Gustavo Moreno

(a) El Merideño, quienes se pasean por varias carreras del Alma Mater, logrando evadir el Régimen de Repitencia y Permanencia, además de vivir de una forma parasitaria.

Resolución: se acuerda diferir el punto.

Reseña extraoficial

Consejo Universitario

De fecha 18-11-96

Sesión ordinaria N° 1042

Punto N° 1: el Rector Presidente informa que como primer punto de discusión en el Consejo de hoy está el recurso Jerárquico introducido por los integrantes de este cuerpo contra el Br. Ronald López, miembro del mismo, el cual ha sido visto encapuchado en el arco de Bárbula durante los disturbios. El Dr. Flores Farfán refiere el hecho de que el mencionado Bachiller se le conoce como el Camaleón, por estar un rato con el gobierno y otro con la oposición. La Lic. Diana Estrada pregunta cómo saben que se trata del Br. Ronald López, si está encapuchado

Resolución: se acuerda nombrar una comisión constituida por los profesores Pedro Javier Estrada, Jaime Ortega y el Br. Antonio Alvarado, para

evaluar esta situación y estudiar la posibilidad de un pronunciamiento.

Punto N° 2. El Rector Presidente presenta para su consideración del cuerpo solicitud de autorización para la cancelación de la Orden de Pago N° 128362 del 06-08-96, a nombre de la Clínica “Puerto Nuevo” por concepto de gastos de hospitalización de la Br. Josefina Mota, a quien su novio obligó practicarse un aborto.

Resolución: se autoriza al Rector.

Varios:

V.3 el Rector Presidente suspende momentáneamente la consideración de la agenda ordinaria, debido a que un grupo de bachilleres afectados por el problema de la Cátedra de Obligaciones de la Facultad de Derecho desean ser atendidos con urgencia para plantear lo relacionado con tal caso. Los bachilleres hacen acto de presencia al salón del Consejo Universitario y manifiestan el deseo de que el cuerpo les dé una respuesta respecto del problema que presenta en la mencionada asignatura. Los consejeros formulan preguntas a los bachilleres. Finalmente los bachilleres se retiran.

Resolución: se espera el informe que presentara la comisión designada.

(N° 85/01 de diciembre de 1996)



## **Tonelada**

Las primeras 17 habían sido de carne mechada, las siguientes 12 de pollo; luego habíamos ido a otro puesto por que se había agotado la existencia. Ya para ese momento la cantidad de fanáticos era considerable. Pero todavía faltaban: el gordo Marlon Peña, conocido también como Tonelada, estaba dispuesto a sobrepasar su récord de empanadas, se había propuesto a alcanzar la legendaria cifra de 50. Gracias a que ese fin de semana había pegado un numerito y gracias al aporte desinteresado de algunos amigos y simpatizantes y al no tan desinteresado de otros que le apostaban dinero a la soberbia capacidad digestiva de tonelada, esa mañana se reunieron las condiciones favorables para dejar atrás su anterior récord de 47 empanadas. Casualmente ése era el número con que había acertado en la lotería de Caracas, el recién finalizado fin de semana. Otro buen augurio.

En el siguiente punto de venta de empanadas tampoco pudo completarse la cifra (aquí también la velocidad de las cocineras fue menor a la del inspirado Peña): sólo fueron 16, de las cuales 7 eran de queso, la variedad que menos le agradaba a tonelada. Debido a esas empanadas de queso estuvo a punto de naufragar el intento. Por suerte en el siguiente puesto había una crema de ajo que, junto con otros vasos de chicha andina (sin darse cuenta se bebió un galón), ayudaron a Tonelada a superar

el mal sabor del queso y así pudo engullir las restantes. Los que estábamos alrededor del quiosco le tributamos un merecido aplauso, sin que se abstuvieran siquiera los que habían perdido su dinero gracias a la exorbitante dimensión estomacal de Marlon. Aunque no se supo con exactitud la cifra que había corrido en apuestas, se supuso fue bastante alta, deducible de la cara atribulada de los perdedores y del número de éstos.

Para mantenerse en forma dentro de esta difícil disciplina deportiva el gordo Peña, entre desayunos, almuerzos, meriendas y cenas, completaba unas diez o doce entradas al comedor: para él era fácil, siempre había algún fan que gustoso le cedía un puesto en la cola. Aunque no faltaba, tampoco, un envidioso que le gritara “coleón, epa, lambucio”, incapaz de comprender que aquello era una sesión de entretenimiento.

El gordo Tonelada había pertenecido a la selección de básquet de la universidad, pero el entrenador lo amenazó con la expulsión si no bajaba de peso; amenaza que se convirtió en realidad cuando, al cabo de tres semanas, se constató que Marlon no había rebajado ni un gramo sino que, todo lo contrario, había aumentado. El entrenador lo dio de baja. Sus compañeros, para consolarlo, lo invitaron a comer a “Asados el Bosque”, invitación de la que se arrepintieron cuando el gordo estaba terminando de comerse su tercer pollo en brasas de la noche y estaba apunto de pedir el cuarto. Esta petición no

fue hecha por consideración: sus compañeros eran unos pobres estudiantes, al igual que él.

La fama la había traído de Curiepe, su pueblo natal: según relataba, cuando su hermana cumplió quince años, él se comió un perrito entero. A pesar de lo cual, contrario a lo que podría creerse, el gordo era capaz de estar hasta dos días sin probar nada, cuando se deprimía.

Todo ello le había acarreado la infaltable cuota de conquistas femeninas, mujeres deseosas de figurar al lado de uno de los personajes más queridos y admirados del alma mater carabobeña. Y, entre ellas, se destacaba Rosita Vásquez. Tonelada la había conocido cuando cursaron juntos Estadística I, una de las tantas veces que habían visto la pesadilla de los bachilleres aspirantes a obtener la licenciatura en Educación. Marlon se enamoró de su lunar a lo Cindy Crawford, de sus habilidades para rellenar los jeans sin que sobrara nada y sin que faltara nada, de su manera de vacilar a los profesores (especialmente al de Didáctica) haciéndoles creer que se interesaba por ellos, de su odio a los preparadores de la referida asignatura, de su admiración (compartida con Tonelada) por Iván Olivares, de su costumbre de vestir siempre de verde (¿era el verde el color favorito de Marlon por la ropa de Rosita o se había fijado en ella por ese color?), de su aire remoto de geisha tropical y, en fin, de la forma especial que tenía de ignorarlo, de ignorar que aquellas cartas apasionadas que

aparecían en los cuadernos de Rosita tenían por autor a Marlon Peña, Tonelada para los amigos.

No fue cuando lo expulsaron del equipo de básquet, ante su negativa a ingerir aquel odioso Magic Line ni fue después de las 47 empanadas, ni de las 50, fue muchas pizzas, muchos pollos y muchos cachitos de jamón después: Rosita se enteró de que el autor de las cartas no era otro que el gordo Peña. Era difícil no darse cuenta de ello, por las inevitables manchas de grasa, viles delatorias, que aparecían en casi todas aquellas cuartillas.

Casi sin mediar palabras lo aceptó, aceptó que la reconocieron como la novia de Tonelada, que todos le preguntaran por él, cuando no lo veían a su lado, y que ella respondiera invariablemente “está comiendo”. No siempre era verdad, a veces Marlon estaba en las canchas jugando tenis de mesa o básquet, deporte que no había abandonado. A veces estaba escondido en un baño, fumando sin que Rosita lo supiera. Este vicio secreto lo había adquirido con la firme convicción de que ello, además de controlar los impulsivos deseos de comer, le ayudaría a bajar de peso. Todo era producto de un temor terrible que se había anidado en las gruesas carnes de Tonelada: el temor a la hipertensión arterial, a las enfermedades cardiovasculares; temor que había sido inoculado por un envidioso estudiante de medicina.

Esa tarde, esa tarde cuando Rosita se esperaba una de esas comilonas de antología: el gordo la había

citado en el Torigallo. Esa tarde cumplían seis meses, desde mayo, día 14 (el numero favorito de ambos, el de la camiseta del flaco, del eléctrico, del terrible, Iván) y esa tarde Rosita se había ido mas verde que nunca, con un Levi's comprado y reservado especialmente para la ocasión. Esa tarde. Fueron demasiadas sorpresas para ella: lo primero fue que Marlon ya estaba allí, contradiciendo su perenne impuntualidad; además, estaba fumando. Cuando llegó la hora de ordenar, solo pidió ensalada. Demasiado extraño todo aquello. Rosita no decía nada, sólo esperaba la explicación, tenía que haber una explicación.

Al final de la frugal, silenciosa e inesperadamente breve merienda, el gordo le explicó (tenía que hacerlo). Sacando un papelito rosado y uno azul le explicó que se había inscrito en un gimnasio y que, además, había hecho adquisición de un novedosísimo y súper infalible producto para adelgazar. Incluyendo el cigarrillo, todo tenía una finalidad más que obvia, pero igualmente explicitada por el locuaz gordo:

-Me voy a poner en 95 kilos- sus palabras sonaron a amenaza siniestra.

Los tiempos de las gloriosas comilonas del célebre Tonelada pasarían a formar parte de un pasado arcaico, dijo, citando al profesor de Desarrollo Histórico Social. Manifestó sus deseos de quitarse aquellos mote de Gordito y Tonelada.

Mucho para ella. Su héroe particular estaba siendo asesinado por aquel individuo que desconocía. No quiso oír el final de aquella auto arenga. Salió corriendo. Marlon no pudo perseguirla; trató pero fue retenido por los mesoneros y obligado a pagar la cuenta, perdiendo un tiempo precioso.

Rosita llegó a su casa con la intención de quemar la ropa especialmente estrenada para la ocasión; pero se contuvo: aquel era un Levi's 505 original que le había costado lo que ganaba durante una quincena en el bazar chino. Lo que si quemó fue el montón de cartas hipócritas del ex gordo Tonelada.

Tres semanas después Marlon aún no se explicaba las evasivas de Rosita. La compasiva Peggy, amiga común y redomada chismosa de pasillos, le hizo saber que Rosita no quería que se acercara sus adiposidades hediondas a fritangas varias.

El gordo Tonelada olvidó su dieta, su temor a la hipertensión, su deseo de ser un esbelto hombre de 95 kilos. Se encerró en la cocina de un cafetín (el del señor Moreno, el del crédito solidario las tardes de imprevistas ausencias laborales en el comedor) y allí comenzó a pedir empanadas tras jugos. Ese día superó, en la más desesperante soledad y en el más completo anonimato, su propio récord de empanadas, al tiempo que contrajo una deuda que sería, también, una cifra por mucho tiempo insuperable.

## **(Sin título)**

La casa tiene tres cuerpos, unidos de una manera caprichosa, siguiendo la línea sinuosa de la calle, antiguo lecho de una quebrada que vuelve a recuperar su fisonomía cuando llueve. El primer cuerpo o ala tiene un poco más de casa que los restantes: es de dos pisos y allí viven la familia oficial y las residentes mas allegadas, más antiguas, más adineradas o más lambisconas. Lograr cambiarse de alguna de las otras al ala principal requiere de un previo consejo de Estado. La sombra de las lomas cercanas se alarga y la casa comienza a hundirse en la penumbra. Una mano enciende la luz de la sala, para que puedan seguir viéndose los cuadros, paisajes invariablemente atardecidos, de factura innoble; los adornos de la sala: los tres elefantes (uno comprado, uno regalado, uno robado), el Pierrot de porcelana al que le falta una pierna. Se abre la puerta de la habitación que da a la sala. Esta señora no es aún demasiado vieja. Tiene los ojos casi siempre enrojecidos, como llorosos. Un pequeño bozo curvado hacia abajo la hace parecer un campesino mandarín. Esta señora sale rengueando de la habitación. Cruza la sala, luego el porche. Esta otra camina siempre con las manos trenzadas a la espalda, pone un pie exactamente delante del otro, como que si tuviera que caminar sin salirse de una raya. Estas dos señoras hablan y se preguntan si hace calor. Se responden que sí, hace calor. Intercambian informaciones sobre dolencias. Cada una trata de que su achaque parezca más intolerable que el de su interlocutora. Luego se

preguntan por la salud de sus respectivos esposos. También tienen sus malestares. Ya están comenzando a llegar las residentes que estudian en el turno de la tarde. Pasa una y no saluda, no ve a la señora o no quiere voltear hacia allá. Luego vienen otras dos y dicen buenas noches sin dejar de hablar de un viejo desgraciado que pretende que ellas se lean completito algo llamado *Ulisses*. Ana es un poco mayor, aunque un poco más baja: cuando tenía trece años se lavó el cabello con cloro diluido en agua, creyendo que así lograría decolorárselo; Luisa idolatraba a Martha Sánchez; durante mucho tiempo usó un brassiere de una talla mayor que la suya, pero con relleno. Ya las señoras olvidaron de qué hablaban. Se miran y se sonríen. ¿Qué buscará esa muchacha? Ah, ésa es la nueva, la que se mudó en estos días. La casera piensa: son tantas que ya una no las conoce. Dice: parece, me dijeron, que ella si es de aquí de Valencia, pero que se peleó con los padres. La casera piensa: uno de estos días va hablar con la muchacha, porque eso no le gusta, a lo mejor vienen los padres a buscarla y le dicen que están escondiéndola y hasta puede que esté embarazada y por eso se fue. Las dos viejas callan pensando en la juventud de hoy. Alguien enciende la luz de afuera. Aquí viene una más. Ésta es bajita y delgada. Se llama Anabel. Es de un pueblo llamado Chivacoa. Como no ha tenido ni tendrá hermanos, su papá, cada año, le regala un pequinés. Esta muchacha piensa que en su pueblo ya es hora de darles comida a los perros. Tiene dieciséis, porque algunos se han muerto. Un día me dijo que, en mi cumpleaños, había ido a buscarme, dispuesta a



todo, pero como yo me fui con otra ya era tarde. No me dio el regalo (lo botó o se lo dio a otra persona) ni nada más. No me importó mucho: cuando se ríe parece un perro pequinés. La señora le dice a Anabel: yo le voy a pedir a usted un favor, hija, díglele a alguna de las muchachas, o usted misma, que me traigan el chal, porque yo no puedo andar serenándome. Dice: fíjese que en estos días tenía una gripe que no se me quería quitar con nada; tomé poleo, tomé malojillo, tomé curia y nada. Lisseth se llama esa que viene con el chal, el chal que huele a alcanfor y a moho. Ella es una de las que, cuando regresa de vacaciones, en agosto (cuando no hay curso de verano) o en diciembre, o durante los paros, pesa 53 kilos. Cuando termina el semestre ya anda por los 47. Odia el comedor. En la otra residencia tenía una compañera de cuarto, Nancy, que cocinaba para las dos a cambio de que Lisseth hiciera sus informes, monografías e investigaciones. Nunca salía demasiado bien, doce, trece, puntos, pero Nancy no se quejaba. De cualquier modo no era buena cocinera, y casi siempre hacía lo mismo: spaghetti, les volcaba dentro de una lata de atún y medio frasco de salsa de tomate. Pero Nancy está embarazada y suspendió este semestre. Se quedó en casa de sus padres, allá en San Carlos. Ahora Lisseth está muy flaca y le debe veinte mil bolívars a Jorge, el del puesto de perros calientes que está en el lado A de educación. La segunda ala es el club de las chicas sexy: todas Tommy Hilfiger y Calvin y Kickers, todas se llaman Karen, Cindy o Catherine y todas coincidentalmente trabajaban como demostradoras

o merchandiser, que es, según, el primer paso en la carrera del modelaje. Pero ellas no son como esas sifrinas come arepa, que terminan empataadas con un chofer de la universidad. Sin embargo, nadie sabía cómo se había colado en esa zona Yuraima, con sus sandalias que deben haber sido hechas por algún recluso de Tocuyito, de los que aparecen muertos de 17 puñaladas. Yuraima camina con la tristeza de ciertos elefantes y tiene un sentido de la moda algo extraviado: combina faldas hindúes con camisetas de fútbol, botas vaqueras con gorros pasamontañas; tiene una desmedida afición al fucsia. Esta otra señora puede ser la hermana o la cuñada de la casera: es una de ésas que arreglan los lentes con un alambrito y cinta adhesiva. Casi nunca habla, salvo para decir que la protagonista de la telenovela es una tonta. El televisor de uso común está en el pasillo que comunica las dos primeras alas de la casa. Hay otro en la cocina de la casa grande para la familia y las íntimas. Esta señora, sin embargo, prefiere el de las residentes. Parece que no tuvo hijos. Parece, también, que es la madre de Iván; un ser peludo, con la cara eternamente soñolienta. No se sabe si es idiota, enfermo o tuvo problemas con las drogas. María Gabriela, una que vive en el altillo, en una habitación para ella sola, lo vio una vez tratando de asomarse por una ventana, pequeña y muy alta, que tiene el baño de la segunda ala. María no dijo nada: supuso que se bañaba Andrea, la amargada que nunca habla con nadie. A veces sólo saluda a Marisol, que ya se graduó pero sigue de residente: después de nueve años en la universidad se acostumbró a la ciudad y no quiso

volver a su pueblo. Las demás lo ven a Iván como uno de esos perros viejos que ya ni ladran sino que se la pasa todo el día echado y parecen una alfombra. La única que siente por él algo parecido a la repulsión, y lo evita, es Sandra. Esta estudiante del cuarto semestre de administración tiene sus ideas muy claras sobre las cosas: la novia del estudiante nunca se convierte en la esposa del profesional; los hombres que llevan bigote casi siempre ocultan algo; las voces técnicas que los estudiantes de ingeniería emplean en sus conversaciones, lejos de disminuir la ignorancia que les es propia, lo que hace es acentuarla; el agua muy fría, y el frío mismo, contribuyen a que la piel se aje más rápido. Por eso dejó de viajar todos los días en la mañana (ella es de Nirgua) y se buscó una residencia; aunque en ésta no encontró calentadores. Toca a su puerta y entra Susana (toca sólo para avisar que va a entrar). Susana es de la Victoria. Dejó de viajar todos los días y se buscó una residencia porque se quedaba dormida en los autobuses y un día un hombre, que venía a su lado, estaba tratando de abrir más su escote, valiéndose de un bolígrafo dorado. Susana le dice que la estúpida de Tania (dos cuartos mas allá, después del baño) va a cambiarse para Derecho porque ya van cinco semestres sin que pueda pasar Matemáticas Financieras. Sandra piensa en términos de habilidades numéricas y habilidades verbales. Susana se recuesta en la cama. Tiene el cabello mojado y Sandra se lo dice. Susana sale del cuarto diciéndole que no sea tan delicada. Sandra toma su almohada, la abraza, la huele. Otra vez su

compañera de cuarto tomó prestado, y sin pedírselo, su shampoo. Susana es madre ya, pero no sólo es por eso que tiene un busto generoso. El niño es cuidado por la abuela, allá en la Victoria. Susana algunas veces lo extraña. Una vez le permitieron tenerlo en la residencia: era agosto, el niño estaba de vacaciones en la escuela, ella estaba en el curso de avance y nivelación, la compañera de habitación decidió tomarse un descanso. Del padre prefiere no acordarse. Usualmente a quien recuerda es a un sujeto que conoció en una tasca. Él resultó ser todo lo que decía: tenía varios establecimientos comerciales (venta de repuestos automotores), una Blazer 2001, una esposa bastante delgada. Aunque no había sirvienta ni chofer, sólo TV por cable, se sentía rica: era un apartamento pequeño, en Valles de Camoruco. Con el dinero que él le daba hacía cualquier cosa, tenía mucha ropa, estaba en un gimnasio y sólo cocinaba los fines de semana, cuando él se quedaba, mientras la esposa pensaba que estaba con la familia en Falcón. Hacía sus compras en el Cada 2000, un mercado de amantes, para amantes: dos chuletas, algo para una ensalada, puré de papas del que viene en cajitas. Aunque le sobraba tiempo para estudiar, no lo hizo con mucho ahínco: el transporte hacia esa zona es muy escaso y llegar a la universidad temprano era un problema. El turno de la noche facilitaba la ida pero dificultaba el regreso. Le parecía curioso que fuera más difícil trasladarse de un lugar a otro en Valencia que hacerlo desde la Victoria hasta allí; de cualquier modo le hacía falta un descanso: ya tenía ocho años estudiando, casi la edad de su hijo, y no superaba el

segundo tercio de la carrera. Aún no pasaban seis meses cuando una tarde tocaron a su puerta: era un señor algo mayor, de traje verde claro; olía a loción para después de afeitarse. Le pidió permiso para pasar, con la seguridad de quien sabe que no van a negárselo, con la firmeza que tiene quien está acostumbrado a ordenar. Ella se retorció las manos como si quisiera exprimir el sudor que repentinamente la cubría. Lo único que logro decir fue: ¿quiere café? Él negó con un gesto elegante. Le pidió que se sentara, como si estuvieran en la casa de él. Ella se sentó. Él comenzó a hablar: Gerardo Soto, mi yerno, era un mecánico vulgar cuando lo conocimos. Pero a mi hija le gustó y qué podía hacer. Les regalé una bonita casa y ellos me retribuyeron con un par de nietos. Ahora él administra todos mis negocios. Yo también he tenido mis deslices, sabe. Y a él no lo culpo: mi hija es algo enfermiza. Yo lo supe casi desde el inicio. Pero mi hija se enteró, ya ve. Lo hago sólo por ella. Con él ya hable; pero no quiso decírselo a usted, quién sabe por qué. No estoy pidiéndole que se vaya inmediatamente, tiene el alquiler pagado hasta el fin del mes. Luego aceptó la taza de café que le habían ofrecido al principio. Hablaron. El señor, al despedirse, le puso una mano en el hombro y le dijo que ella era muy bonita, joven y que pronto conseguiría a alguien. Ella pensó que él la abrazaría, la besaría y entraría a ocupar el lugar del yerno. Pero sólo se despidió con cierta sequedad: acaso había pensado lo mismo. Cuatro días más tarde volvía a ocupar su misma habitación en su antigua residencia. Para olvidar por completo aceptó

algunas invitaciones. Hasta que llegó aquel estudiante de informática llamado Johny. Como para él era un enorme sacrificio llevarla incluso hasta la modesta Spaghetatta, las invitaciones iban a parar al comedor de la universidad, con cada vez mayor frecuencia. Él vivía en casa de una señora, algo vieja, costurera de oficio, que alquilaba la única habitación disponible desde que se casó su hijo; la señora Elsa decía que siempre hacía falta un hombre en casa, por muchas razones. Y también decía comprender las necesidades de los jóvenes; por ello se quedaba intencionalmente un día entero en casa de su nuera, avisando con antelación cuando haría tal visita. Así podía Johny estar con su novia. Casi siempre, como quedaba más cerca y la cola era menos larga, almorzaban en el comedor de la Facultad de Derecho y luego se iban a la habitación. Esa cortina con dibujos de Walt Disney la trajo ella, porque la excesiva luz le molesta. Él duerme, ella no. Él esta a punto de roncar. Ella se le acerca y lo abraza y le da un breve beso, con algo de conmiseración y de indulgencia. El aliento dormido de Johny le recuerda los olores y sabores del almuerzo en el comedor.

## **La facultad vista por sus perros**

Me llamo Potoco, pero todos me dicen Poto. No tengo raza. Bueno, soy mestizo... Antes vivía cerca del comedor, pero me mudé a la facultad por culpa de un bicho grandote que se llama Sultán y me quería morder. De todas maneras aquí hay bastante comida: la mayoría la conseguimos en los cafetines, entre los encargados y los estudiantes que dejan el almuerzo. A veces nos la trae una muchacha llamada Sara, que dicen que se parece a mí; también viene un señor que lleva un paraguas pero no lo usa. La muchacha me da más comida a mí que a los otros; tal vez es verdad que nos parecemos. A Manchón le molesta eso; pero qué culpa tengo yo. Además, a él lo quieren mucho en el cafetín de Medicina. Ya ni puede caminar de lo gordo. En realidad casi no se mueve de allí, como no sea para ir a hacer pupú.

Oigo que me llaman: veo a algunos miembros de Asoguau, que nos defienden, algunas veces nos bañan, nos curan, nos dan comida, nos ofrecen en adopción y nos colocan unos collares violeta. Esta niña es muy linda; me dice cosas pero no me toca ni me acaricia, aunque quizá lo quiere hacer. Estuvo a punto hasta que yo tuve que rascarme, malditas pulgas. No importa, yo muevo la cola, con un poco de flojera.

Estoy en medio del pasillo central de la Facultad, el pasillo que da a Control de Estudios. Hay siempre

colas y aglomeraciones en las taquillas, grupos protestando y peleando por los horarios; oigo que gritan: coincidencias, turno, unidades crédito, semestres consecutivos, esto es un descontrol de estudios.

Bastantes estudiantes caminan de un lado a otro. Parece que tuvieran prisa pero no van a ningún lado, porque pasan y vuelven a pasar. Se detienen y preguntan: ¿no has visto a...? No, no lo han visto. No entiendo cómo es que se pierde tanta gente.

Frente al Cafetín de Pepe hay varios profesores. Casi siempre están allí, parados, conversando, tomando café o fumando. Me detengo a saludarlos; pero me ignoran. Se ven muy interesados en el tema. Hablan del presupuesto, del gobierno que no envía los recursos, de los viáticos, del fideicomiso, del ocho punto cinco, del bono pellejo.

Me da sueño y me voy a buscar un salón. Aquí está la profesora de inglés, que se tiñe el pelo todas las semanas para que no se le noten las canas. Los alumnos cuando la ven llegar dicen mother fucker; ¿qué será eso? Le preguntaré al Chiquito. Me voy de aquí, porque la señora empieza a decir que yo estoy hediondo.

El profesor Perales da Filosofía. Me quedo porque el ambiente es más tranquilo. Los alumnos nunca hablan y hasta se duermen. Yo también, bostezo y oigo que el profesor dice que Descartes es el padre del racionalismo moderno, que su filosofía se



condensa en la expresión *cogito ergo sum*, que a él también le debemos el sistema de planos cartesianos que llevan su nombre, que escribió un tratado sobre las pasiones del alma y que, además, es el mayor ensayista en lengua francesa.

Me golpean con una escoba. Ya todo el mundo se fue y ahora están limpiando el salón. Ya va, señora. La vieja ésta, vive rezongando y eso que nada más tiene que encargarse de los salones desde la A-16 a la A-21. Fuma mientras limpia. Le faltan dos dientes de arriba. A veces me dan ganas de morderla. Pero su escoba es muy dura.

Tengo hambre. Voy hasta el lado B. Ahora que están esos montículos y esos conos anaranjados es más fácil cruzar. Antes era un riesgo, hasta para los estudiantes. Me pregunto si los habrán colocado por nosotros. Más de uno nos abandonó de esa manera. Yo casi no me acuerdo, porque estaba pequeño, pero así también fue que el Negrito tuvo el accidente que le dejó la cola fracturada. Por eso es que se la pasa siempre dando vueltas sobre sí mismo, para ahuyentar el dolor. Algunos estudiantes a propósito lo tocan por allí. Se ríen mucho de eso, y yo también, aunque después me da cosa. Yo he tratado de hablar con él, pero creo que aparte de la cola, también se golpeó la cabeza.

Aprovechando la hora vacía, los dirigentes estudiantiles pintan sus cubículos. Son especialistas en hacerlo, ya que siempre se los están graffiteando:

sucios, ladrones, vendidos, ¿cuánto les pagaron los adecos?

Llego a Ingearepa. En una mesa está el chofer del director, jugando dominó con el señor que cambia los bombillos y con dos dirigentes estudiantiles: el Gallo y el Sute. Dicen que ellos dos, hace tiempo, durante una época de paro, violaron a una estudiante. Dicen que fue un acto de bestialismo. El anotador es uno que no estudia aquí en realidad, sólo colabora con los grupos estudiantiles cuando hay que destruir el cubículo de los otros o cuando hay peleas.

Veo al Bolo (Alimenticio) y a Multiamperio. A uno lo llaman así los estudiantes porque una vez vomitó una especie de pelota; el otro casi se electrocuta mordiendo los cables de una máquina de soldar. Me miran feo y yo sigo hasta donde el señor Moreno, que sí vende almuerzos completos y por eso hay más sobras. Sé que Candy va estar entre los varios que allí se reúnen, pero yo no le hago caso; además, está preñada de nuevo. Ya van como siete veces.

Mientras como una chuleta que nadie quiso probar, pienso que ya se acercan otra vez las vacaciones. Hay que emigrar. Aquí se cierra todo y desaparecen las fuentes de comida. Si me hubieran adoptado en una de esas jornadas que organiza la gente de Asoguau. Pero ya no creo que me pase: estoy viejo, tengo dos años y medio.